

**Un hombre
que se fió
de Dios**



**Un hombre que
se fió de Dios**

© Juan Antonio Vives Aguilera

Portada: Diseño original de Paco Pando (Madrid)

Impresión: Martín Impresores
C/ Pintor Jover, 1
46013 Valencia

Depósito Legal: V-1503-2009

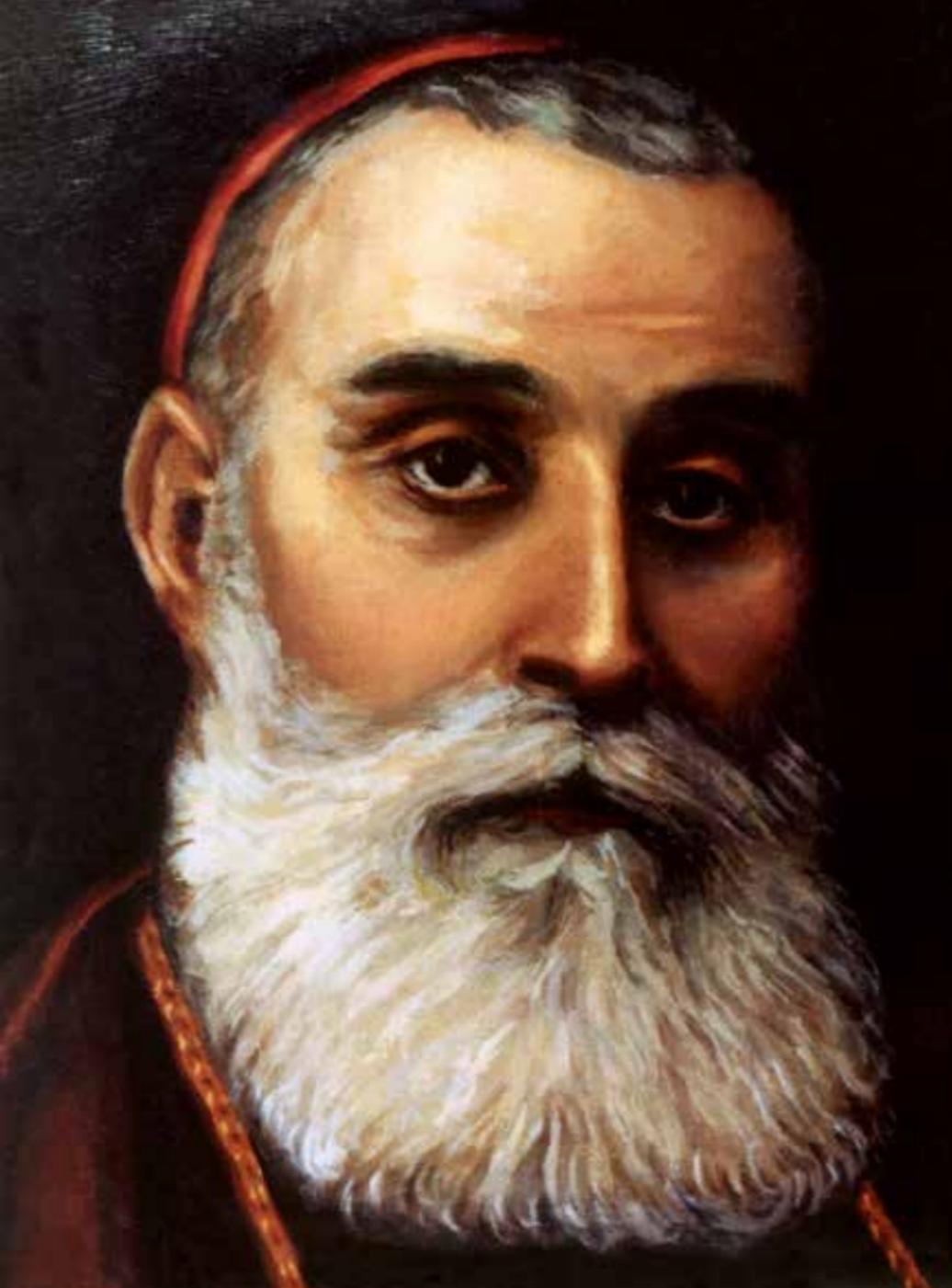
P. JUAN ANTONIO VIVES AGUILLELLA

Un hombre que se fió de Dios

(Luis Amigó, su vida y obra)

3^a EDICIÓN EN CASTELLANO

RELIGIOSOS TERCARIOS CAPUCHINOS
RELIGIOSAS TERCARIAS CAPUCHINAS
VALENCIA 2009



P. Luis Amigó y Ferrer
(1854-1934)

NOTA EDITORIAL

Este pequeño libro —*Un hombre que se fió de Dios*— fue editado por primera vez en castellano en 1984, con ocasión de los 50 años del Tránsito del padre Luis Amigó, y con el propósito de extender, entre los jóvenes, el cariñoso conocimiento de este *Apóstol de la Juventud extraviada*.

Bien recibido y acogido, desde un primer momento, por los amigonianos de todo el mundo —tanto hermanas como hermanos— fue pronto traducido a estos idiomas por los que se extiende la presencia de los hijos e hijas de Luis Amigó:

- Al portugués: *Um homem que confiou em Deus* (1984).
- Al alemán: *Ein Mensch, der auf Gott vertraute* (1991).
- Al italiano: *Un uomo che confidò in Dio* (1992).

- Al francés: *Un homme qui a mis sa confiance en Dieu* (1993).
- Al eslovaco: *Človek, ktorý dôveroval Bohu* (2001).
- Al polaco: *Człowiek Który ufał Bogu* (2001).

Se ha realizado asimismo una traducción al inglés, aunque está aún a la espera de su publicación.

Por otra parte —y agotada ya la primera edición castellana—, se hizo, en 1992, una segunda en este idioma, con una tirada, al igual que la primera, de 10.000 ejemplares.

Hoy, cuando se está celebrando el 75 aniversario del Tránsito del padre Luis Amigó —y también agotada la segunda edición en castellano— ve la luz esta tercera, debidamente actualizada de acuerdo al devenir histórico de las dos Congregaciones amigonianas durante los últimos veinticinco años.

PRESENTACIÓN A LA 3ª EDICIÓN

En 1984, con motivo del 50º Aniversario del Tránsito del P. Luis Amigó, Juan Antonio Vives Aguilera T.C. nos regaló a toda la Familia Amigoniense con *“Un hombre que se fió de Dios”*. Este librito marcadamente vocacional —pues quien lo lee se ve impelido a entrar en diálogo con el autor y no puede dejar de hacerse planteamientos vitales—, desde la brevedad, y con un lenguaje ágil, sencillo y profundo, va desgranando la figura de Luis Amigó y su carisma.

Me atrevería a decir que esta obra es la divulgación de lo que el autor desarrolló en su tesis doctoral *“Testigos del Amor de Cristo”*. No falta ni sobra nada —posteriormente se han podido desarrollar y profundizar sus distintos aspectos pero difícilmente encontraremos novedad alguna—, siempre actual porque da respuesta desde la fe a las moti-

vaciones más profundas del ser humano y la sociedad, focalizadas en la novedad de que un hombre seducido por Dios se supo dejar seducir por el rostro de Dios en los niños, adolescentes y jóvenes apartados del camino de la verdad y del bien.

La obra de Luis Amigó, *el Apóstol de la juventud marginada*, ha encontrado eco en la vida de muchos hombres y mujeres que han considerado ese modo de dejarse seducir por Dios como un proyecto de vida, comprometiéndose desde una fidelidad creativa, en el seguimiento de Cristo, Buen Pastor, con los valores de las Bienaventuranzas y al estilo de María —Madre sensible y fuerte—, para llevar el Evangelio de la Misericordia por todos los rincones de este mundo, siendo hombres y mujeres “solución”.

Se puede afirmar que *“Un hombre que se fió de Dios”* es la obra más difundida y leída de la producción amigoniana, traducida a distintos idiomas. Es el mejor regalo para quien nos quiere conocer.

Al celebrar el AÑO JUBILAR AMIGONIANO en el 75º aniversario del Tránsito del P. Luis Amigó hemos visto conveniente reeditararlo, actualizando las imágenes y los datos que, como es lógico, han cambiado en estos 25 años.

P. José Antonio Fernández Grau
Superior Provincial
Madrid, 12 de abril de 2009

PRESENTACIÓN A LA 2ª EDICIÓN

Querido lector: Paz y bien!

Enhorabuena, por haber sido afortunado con la compañía del presente libro de bolsillo: «Un hombre que se fió de Dios», sobre la vida y obra del grande apóstol de la juventud extraviada: Luis Amigó.

El P. Juan Antonio Vives, TC. es un incansable estudioso y conocedor del alma juvenil y de Luis Amigó. Por eso, lo que aquí te presenta, con lenguaje atrayente, es de plena garantía. Y, además, estoy seguro de que disfrutarás con su lectura.

Es posible, que habiendo leído la primera edición, ya agotada, desees repetir su lectura, porque te dejó buen recuerdo. Prueba del éxito alcanzado entre los jóvenes, es su pronta traducción a varios idiomas.

Repetidamente, el Papa invita a los jóvenes de hoy, al compromiso cristiano, para responder con generosidad al llamado de la propia vocación en la sociedad y en la Iglesia: «Dejaos seducir por el Eterno. Dejaos fascinar por Cristo... Dejaos atraer por su ejemplo».

A la luz del presente librito, podrás encontrar tu camino para la misión a ti confiada en la vida. Así lo espero.

P. José Oltra, TC.

Roma, 29 de marzo, 1992.

Aniversario de la Ordenación Sacerdotal de Luis Amigó.

PRÓLOGO

«Me sedujiste Señor y me
dejé seducir»

(Jr. 20,7)

La presentación que en estas páginas quiero hacer de Luis Amigó y Ferrer, pretende poner de manifiesto la seducción que Dios ejerció sobre la vida de un hombre que se fió de Él.

Luis Amigó fue seducido por el amor de Dios al amor hacia los «jóvenes marginados». En una sociedad que no había tomado aún conciencia de este problema, él se adelanta intuitivamente a ofrecer soluciones. Y plantea a sus hijos, religiosas y religiosos Terciarios Capuchinos, un reto que conserva toda su fuerza y actualidad: *Vosotros amados hijos e hijas —les dice— a quienes Él ha constituido zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada... No temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida...*

En un mundo donde el problema de la juventud no sólo no ha mejorado, sino que se agrava día a día... En un mundo en el que hay demasiados «niños sin juguetes» y «jóvenes sin ilusión», en el que la droga pretende, a veces, sustituir la falta de afecto, comprensión, acogida..., que no recibe de una sociedad deshumanizada...

En un mundo en el que cantidad de jóvenes gritan desde el silencio y desde sus miradas inexpresivas, su insatisfacción, y piden una mano amiga que les ayude..., comprenda..., comparta su tiempo..., sus alegrías y penas..., ilusiones y desencantos...; sepa soñar, como ellos sueñan, en un mundo más humano..., más justo..., más fraternal...; y llegue incluso a creer que las utopías pueden ser realidades... En un mundo en que la juventud, atrapada a menudo por un aniquilante pasotismo, necesita una luz que muestre a su existencia el sentido que no ha encontrado ni en el consumismo, ni en la droga, ni en el sexo...

En un mundo así, el reto de Luis Amigó, a los setenta y cinco años de su muerte, siempre vivo, cobra nueva fuerza y vigor.

Si quieres conocer un poco más la historia de este hombre-solución, la alternativa que ofrece, acompáñame por el recorrido de su vida y obra.



Enséñame, Señor, el camino de la vida.



El grano que muere, da mucho fruto.

PRIMERA PARTE

Su vida

NIÑO Y JOVEN CRISTIANO

*«El niño crecía y se fortalecía,
llenándose de sabiduría; y la
gracia de Dios estaba sobre él»*

(Lc. 2,40)

Sociedad dominada por sueños de grandeza. Sociedad con grandes edificios que ocultan en las inmensas urbes la miseria que albergan las pequeñas y pobres chabolas. Donde grandes máquinas cambian en poco tiempo y como por encanto, los mismos contornos geográficos, y destruyen la primitiva y saludable belleza del ambiente. En la que grandes y potentes misiles amenazan constantemente la minúscula existencia de quienes los construyeron. En la que se ha perdido muchas veces, e incluso en los niños, la capacidad de admiración y asombro... Ésta es, en parte, la sociedad en la que nos ha tocado vivir.

En medio de tanta megalomanía, la vida de Luis Amigó, presentada con la sencillez y normalidad que la caracterizan desde sus primeros años, corre el peligro de no llamar tu atención. La verdad es

que no pretendo deslumbrarte. Es más, me sentiría culpable de haber roto la sencilla y humilde estampa de quien pasó por el mundo haciendo el bien, pero sin hacer ruido.

Me contentaría simplemente con que se sientan atraídos los pequeños, los «niños en el espíritu», quienes aún hoy en día tienen la sensibilidad a «flor de piel», quienes lloran y ríen con las penas y alegrías de sus hermanos los hombres. Quienes, incluso, sufren y se regocijan con las aves y los pájaros, con los animales domésticos y las fieras, con su «hermana, la madre naturaleza».

17 de octubre de 1854. Masamagrell, añejo pueblo valenciano, rojo y verde en su huerta, silencioso y apacible en su contorno, alegre y bullicioso en sus calles. Masamagrell. Pueblo de labradores, gente sencilla y sabia, gente callada y sufrida en su trabajo, y dicharachera y abierta en la convivencia, gente de sentimientos grandes y explosivos como «carcasas» de sus fiestas.

Este día, en la casa de los «Amigó y Ferrer» sucede algo que está fuera de la normalidad cotidiana. Las mujeres andan presurosas por las polvorientas y antiguas calles del pueblo, mientras sus maridos, aparejadas las caballerizas, se dirigen a mimar con rudo y tierno cariño los surcos de sus huertas. Curiosas, y afectuosas a la vez, entran ellas en la casa de los Amigó. Las preguntas se suceden sin esperar respuesta:

—¿Qué sucede? ¿Cómo está Doña Genoveva? Me dijeron en la plaza que está enferma. ¿Qué le pasa?

—Tranquilidad. No pasa nada. Le ha llegado la hora. Estamos a la espera de saber si niño o niña.

Doña Genoveva y Don Gaspar, ¿quién os lo iba a decir? Vosotros pensásteis que vuestro hijo nacería en la capital donde tenía raíces maternas. Ésos eran quizá vuestros planes, pero no los de Dios. Él quiso y dispuso que fuera aquí, en la tranquilidad alborozada de este pueblo donde el niño viera la primera luz. La Providencia se sirvió de la carrera de abogado de Don Gaspar. En Masamagrell estaba destinada para él plaza de secretario del ayuntamiento.

18 de octubre 1854. La primera etapa de la vida de José María, —con este nombre fue bautizado en este mismo día—, nos ha sido transmitida por él mismo en su Autobiografía. Y los datos, aunque pocos, son suficientemente significativos para entender que el futuro apóstol de la juventud marginada, vivió un ambiente de normalidad y de acogedora vida familiar. Que «fue creciendo en santidad y sabiduría delante de Dios y de los hombres».

Sus padres, primeros agentes de su educación cristiana, se preocuparon no sólo de su formación escolar y científica, sino que supieron inculcarle, con su ejemplo de vida, una verdadera formación religiosa y cristiana.

A los once años hizo su primera comunión. Y comenzó ese mismo año a asistir al seminario diocesano en calidad de alumno externo.

La fe iba madurando paulatinamente en él. Y es en este terreno donde se puede reseñar alguna particular característica de su personalidad. Era muy piadoso.

Entendió, ya desde los primeros años, algo que después repetirá constantemente en sus escritos: la primacía del amor.

Descubrió en su vida que este mandamiento, verdadero distintivo de los cristianos, tiene una dimensión fraterna, eclesial y social. Pero al mismo tiempo, supo encontrar las raíces del mismo amor en Dios.

Su vida de piedad, no fue, por ello, «beatearía estéril», que le sirviera para llenar las ansias de disfrazados egoísmos. Su piedad, la piedad cristiana que practicó, le ayudó a descubrir en Dios a los hombres sus hermanos, y las exigencias altruístas del mandamiento del Amor.

Y fue esa piedad, expresión de su vivencia espiritual, la que le llevó a abrir las puertas de su corazón a los demás. Encontrando así su puesto en la Iglesia, y el sentido a su vida de joven adolescente.

Tempranamente comenzó a dedicar, junto con algunos amigos, cristianos comprometidos como él, parte de su tiempo a los marginados de la sociedad. Visitó barracas y alquerías de la huerta va-

lenciana, participando a sus habitantes su saber y su fe. Frecuentó cárceles y hospitales de la ciudad, compartiendo con los presos y enfermos su alegría, sus sentimientos, su libertad, su salud, su vida...

Comunicó siempre su experiencia de fe a quienes necesitaban de su ayuda, de su cariño, de su comprensión... Pero la alimentó constantemente en Dios, y apoyándose en círculos de amigos que le animaron, y a quienes él a su vez ayudó y alentó.

Vivir la fe en solitario es una utopía. También aquí «la unión hace la fuerza». La Iglesia, la comunidad de quienes comparten una misma fe, es el ambiente adecuado para su desarrollo. Y dentro de ella son las pequeñas comunidades, los grupos cristianos, los que desde distintos planteamientos pretenden cumplir el mismo proyecto de vida evangélico y de amor. Estas pequeñas comunidades se llamaron en la vida del joven Amigó: «La Hermandad de San Felipe Neri» y «La Escuela de Cristo».

Aquí terminaría el primer capítulo de la vida de José María Amigó y Ferrer. De un joven que vivió en Dios y para los demás. Que se encontró a sí mismo perdiéndose, diluyendo su egoísmo en la entrega generosa a los otros. Que supo estar y ser Iglesia. Que se sintió feliz y realizado, dando sentido a su vida.

¡Feliz! Sí. Eso que todos buscamos y que de tarde en tarde encontramos. José María lo consiguió «desnudándose de sí para vestirse con la camisa de la

felicidad». Encontró en el Evangelio lo que todos necesitamos: la felicidad, que radica más en dar que en recibir. Una felicidad que es Amor. Un amor que no viene a nosotros, sino que nosotros debemos salir a su encuentro. Un amor que en principio no nos da nada, pero que nos lo da todo cuando nosotros nos damos.

José María Amigó fue feliz en esta su primera etapa, pero no se sintió satisfecho. No pensó que «ya había hecho bastante». Su camino tan sólo había empezado. Había probado la droga del amor. Había descubierto su placer, y comenzaba a sentirse adicto al mensaje evangélico. Se sintió adicto a esa droga que tiene la virtud de dar paulatinamente la vida, el sentido del propio ser, la ilusión, el optimismo...

Y fue por la «feliz culpa» de ella, y por los liberadores efectos de su «uso-dependencia», como siguió madurando en él la fe cristiana. Y así, también él respondió a las exigencias de un Dios, que es Amor e invitación constante al Amor.

UNA DECISIÓN DIFÍCIL

*«Vete de tu tierra, y de tu patria,
y de la casa de tu padre, a la
tierra que yo te mostraré»*

(Gn. 2, 1)

¿Qué hacer? Es éste el interrogante que nos planteamos constantemente en nuestra vida. Cada día, en varias ocasiones, consciente o, a las veces, inconscientemente, damos respuesta a él. Hay, sin embargo, ocasiones en que la pregunta es más profunda y su respuesta más difícil. Uno de estos momentos, el más decisivo quizá, es el de «tomar partido» en la vida, el momento de la decisión vocacional.

Todos hemos pasado, o tenemos que pasar, por el dramático y arriesgado, al tiempo que fantástico e ilusionante, momento de dar este paso.

La Biblia nos ofrece varios ejemplos de cómo resolvieron en sus vidas este trascendental momento algunos de sus personajes más significativos, y de lo dura que les resultó la decisión.

Jeremías arguye «ser un muchacho», y acusa después a Dios de «seductor». Isaías quiere disculparse «por ser hombre de labios impuros». Moisés dice «no saber hablar». Jonás llega incluso a huír. Y se podría nombrar otras personas, a quienes se ve «sufrir... vacilar... temblar... , antes de decidirse y ver claro el futuro». Es el dramatismo del paso de Dios junto a la vida del hombre. Es el tributo que debe pagar el hombre antes de tomar una decisión que compromete al unísono su futuro, presente y pasado.

Entre todos estos personajes bíblicos al que más se parece en su itinerario vocacional José María Amigó es, sin duda, Abrahám. Dios le pidió, como al patriarca, una renuncia total con su pasado, mandándole marchar de su tierra, de su patria, de la casa paterna.

Sólo quienes en su vida han experimentado situaciones similares, quienes han sufrido el desgarramiento de una separación familiar o personal, o quienes han tenido que romper con los proyectos más personales y queridos sobre la propia existencia pueden calibrar el sabor agri dulce de tales decisiones y el valor que se necesita para tomarlas.

José María Amigó, zarandeado en su interior por la llamada de Dios, emprendió el doloroso y oscuro camino de la búsqueda, cartujos y jesuítas se cruzaron en su camino. El camino, sin embargo, que Dios le tenía trazado apuntaba hacia los capuchinos.

— ¿Capuchino, has dicho? ¿Cómo va a ser, si están exclaustrados? Eso supone ir al extranjero..., dejar patria... casa... y dos hermanas menores, huérfanas de padre y madre dos años ha.

— Sí, José María, capuchino. Me gusta realizar mis planes. Pero, como decís en vuestros humanos refranes, «Yo aprieto pero no ahogo». Quédate tranquilo.

En verdad que Dios es un genio buscando soluciones. Quizá es porque sentado allá arriba tiene una visión más de conjunto de los problemas. El caso es que también en esta ocasión solucionó las humanas dificultades que le presentaba José María. Se sirvió de una buena persona, un sacerdote para más señas. El se haría cargo de sus hermanas... El camino comenzaba a iluminarse...

Y apenas con la primera luz parte hacia Bayona, en Francia, cargado con ligero equipaje, el futuro capuchino. No hubo que esperar largos papeleos de pasaporte, cosa común en aquel tiempo y más en una situación de revuelta como la que se atravesaba. Dios, que por una vez parecía tener prisa, se encargó de agilizarlo todo y hasta le proveyó de un guía, como hiciera, mucho tiempo atrás, con el joven Tobías.

TRAS LAS HUELLAS DE FRANCISCO

*«Bienaventurados los pobres...
los mansos... los que lloran y
tienen hambre y sed de justicia...
y usan misericordia...».*

(Mt. 5, 1-13)

31 de marzo de 1874. Aquí en la tierra nuestro joven se acerca ya a la puerta del convento y se dispone a sonar la aldaba. Allá arriba Francisco de Asís, el santo de la pobreza y sencillez, de la humildad y alegría, parece hoy estar más contento que de costumbre. Hace casi justamente un año aquel joven había ingresado en su Tercera Orden con la esperanza de que fuera él quien le allanase los caminos que conducen a la Cartuja. Hoy aquel mismo joven se dirige con paso decidido a uno de los conventos de su Primera Orden.

—No negarás, Francisco, haber tenido parte y arte en esta decisión...

Pero dejemos las alturas y pongamos de nuevo los pies en el suelo...

—¿Qué sucede? ¿Qué hace José María de pie, junto a la puerta?

—Está llamando... alguien se acerca... abren... La figura del portero lo deja entrecortado. Venía buscando austeridad y pobreza, pero no esperaba encontrárselas personificadas en la puerta misma del convento. Por un momento piensa decir «Perdón..., me he equivocado...» Reacciona, casi sin saber por qué, y entra, sin embargo. Pisa por primera vez su nueva casa. Una casa en la que madurará más su fe y conocerá profundamente a Francisco de Asís.

El *Poverello* se convertirá para él en ideal de vida en Cristo. Su espíritu le ayudará a perfilar mejor los rasgos de un carisma que el Espíritu viene incubando en él desde los primeros años.

Francisco de Asís le enamora. Su vida tiene la virtud de apasionar e imantar a quien se acerca. Es una vida, la de Francisco, vivida toda ella en «clave de Evangelio» y con el espíritu mismo de las «Bienaventuranzas». La pobreza, la sencillez, la humildad, la mansedumbre..., virtudes que le configuran «niño», «pequeñuelo» y «menor entre los hermanos» son las características fundamentales de su personalidad espiritual y humana.

12 de abril de 1874. En medio de una liturgia dominical, durante la cual recuerda la Iglesia la primitiva tradición cristiana de desvestir de sus blancas ropas a los neocristianos, bautizados el domingo anterior de Pascua, viste su hábito de capuchino por primera vez fray Luis de Masamagrell. Así se llamará y firmará él desde ahora. Ha querido cambiar

su nombre de pila, y significar con ello el cambio que está decidido a dar también en su vida.

Durante el año de su noviciado va embebiéndose de Francisco, su maestro en la vida espiritual. Asimiló de él su humildad, su pobreza, su penitencia, y sobre todo... su AMOR que describirá, al pasar el tiempo, con rasgos muy próximos a su propio carisma redentor y misericordioso, como «la fuerza que impulsaba a Francisco a *hacerse todo para todos* y por la que, *lloraba* con los afligidos... *buscaba* con solicitud más que paternal a los necesitados para conducirles al camino de la salvación sobre todo *con la ternura* de su amor..., e incluso le llevaba a *salir* de su patria en pos de otras gentes necesitadas de su mensaje».

18 de abril de 1875. Efectúa su primera profesión religiosa e inicia su período de preparación para el sacerdocio. Filosofía... Teología... Órdenes Menores... El tiempo pasa rápido, agradable. El ambiente es extraordinario para el estudio. Y cuando menos lo pensaba, llega el momento de regresar a su patria. De nuevo Dios volvía a salirse con la suya..., cambiada los planes de los hombres.

19 de marzo de 1877. Antequera recibe a los primeros religiosos que regresaban a España tras la exclaustación. Entre ellos un joven estudiante de Teología. Su nombre, fray Luis de Masamagrell.

No habían transcurrido aún dos años desde su arribo y, de nuevo, debe recoger sus enseres y marchar con renovada ilusión, esta vez al norte de España... a Montehano.

Allí el Obispo los acoge como un padre y bien pronto manifiesta deseo de ordenar sacerdote al joven fray Luis..., cuando ni tan siquiera habían pasado tres meses de su llegada a la región santanderina...

Mas, no adelantemos la historia... Dejemos, al menos nosotros, descansar a los religiosos tras el largo viaje que han hecho desde Antequera a Escalante... Tomemos un respiro, pues lo que viene a continuación pertenece ya a una nueva etapa en su vida.

SACERDOTE AL SERVICIO DE LOS JÓVENES Y MARGINADOS

«Y por ellos me consagro a ti...».

(Jn. 17, 19)

— ¿Sacerdote? No, gracias.

— ¿Sacerdote? ¿Y para qué?

Muchos jóvenes se han hecho en una u otra época de su vida esta pregunta, y han descartado después la posibilidad.

¿Por qué?... El problema es muy complejo. Unas veces la razón se encuentra en la sinrazón con que algunos sacerdotes viven su vocación. Sin ilusión, sin optimismo, sin amor, sin compromiso. Sacerdotes que han hecho de su vocación un trabajo más, y de su celibato una soltería mal llevada.

Otras veces, la mayoría diría yo, las razones últimas de la negativa se encuentran en la propia persona. Son las resistencias egoístas del propio ser, las

que suelen inclinar a su favor la balanza entre «el me gustaría aquello..., pero me asusta esto». Son ellas las que acaban triunfando, a veces, en la dramática lucha entablada entre «los ideales a conseguir... y el precio a pagar».

Todos admiramos a los grandes hombres de la historia de la humanidad. Muchas veces hemos sentido el impulso de imitar a alguno de ellos. A veces hemos iniciado incluso el seguimiento, pero, cuando nos acercamos, empezamos a sufrir en nosotros las dificultades del camino y... nos desviamos por el primer atajo a la derecha.

Nada se consigue en la vida gratuitamente. Sólo el amor es gratuito porque no consiste en *recibir* sino en *dar*.

El sacerdocio tiene sentido. Tiene sentido como «consagración al amor». Hacerse sacerdote significa «ser tomado de entre los hombres, con las virtudes y defectos de todo ser humano, y constituido en favor de los hermanos». Significa convertirse en «servidor de los demás cristianos», «vivir para los demás y desvivirse por sus problemas», «ser libre para amar más libremente».

Lo importante es descubrirlo, y seguirlo. Seguirlo, aunque a veces sangren los pies y lllore el corazón.

El premio empieza a recibirse ya aquí, la felicidad.

Éste, que ahora vamos a recorrer, fue el camino trajinado y suave, penoso y alegre, por el que el padre Luis Amigó encontró sentido a su sacerdocio,

vivió su consagración, se sintió más realizado cada día...

29 de marzo de 1879. Ordenado sacerdote en el propio convento de Montehano, dice su primera Misa el viernes 4 de abril, festividad de la Virgen de los Dolores. La Virgen que ha ocupado en su piedad un lugar privilegiado.

Su espíritu inquieto, juvenil y emprendedor no se dejó encerrar por el islote conventual que forma Montehano. Supo aprovechar bien el brazo que siempre lo une a tierra firme, para caminar por él y abrirse paso, desde el inicio mismo de su sacerdocio, por los senderos... Senderos de los que aún no conocía el final.

Pronto descubrió quiénes eran los «ellos» concretos por los que había consagrado al amor.

La juventud de Escalante lo necesitaba y ella se llevó las primicias de su apostolado.

Los jóvenes aprendieron de él, pero también él aprendió mucho de ellos. Le ayudaron a ir descubriendo que Dios le llamaba fundamentalmente a trabajar con la juventud.

Y por si la lección no era suficiente le envió Dios un signo clarificador. Dispuso Él las cosas para que el primer bautizo del nuevo sacerdote fuera justamente el de un «niño abandonado a las puertas de su convento». La mímica de Dios dice más con

un signo, que los hombres con largos y cansinos discursos.

Con el tiempo Escalante resulta pequeño para sus ansias de entrega y servicio. Él busca. Es un constante «peregrino de su yo al encuentro de su hermano». Dirige sus pasos a Santoña, al penal. Los presos le reciben de uñas. No se desanima. Revive con renovada ilusión la experiencia juvenil en la cárcel de su Valencia natal. Los visita. Comparte con ellos su tiempo. Y poco a poco las uñas se esconden y se le van tendiendo manos amigas. Él, a su vez, les tiende las suyas y les ayuda en aquello que sabe, puede y vive. Les ayuda a liberarse interiormente. Les hace sentir su dignidad de personas. Les hace experimentar con su perdón la misericordia de Dios. Les muestra en Él un juez, que no los condena, como han hecho los de la ley. Les muestra un *Padre* que los acoge como *hijos*.

Luis Amigó no les rebaja la condena judicial, pero los presos sienten en sí la libertad.

Los presos aprendieron de él, y él, en ellos, descubrió otra dimensión fundamental de su carisma. Dios le iba poco a poco centrando en él.

Después de la experiencia de Santoña, se da cuenta de que «no sólo ha sido llamado para la juventud, sino también para los marginados, los presos...».

No ha llegado aún la síntesis perfecta. Pero, no tengamos prisa... Dios supo darle su tiempo. Sabía que acabaría entendiendo que en el camino con-

creto por el que le llamaba «marginados y jóvenes» eran lo mismo. Tenía pensado que él se consagrara al amor en «los jóvenes marginados con problemas de conducta».

Así vivía él su sacerdocio. En oblación perenne a Dios por estos jóvenes necesitados de orientación y amistad. Fue sacerdote con paternidad grande y generosa. Paternidad espiritual pero muy real. Abiertas las puertas de su corazón a todos. Pero con preferencia por los más necesitados. Con preferencia por los muchachos, adolescentes y jóvenes, desviados del camino de la verdad y del bien.

SACERDOTE EN PLENITUD

«El Buen Pastor de la vida por sus ovejas».

(Jn. 10, 11)

Definiciones de «Obispo» hay muchas. Buenas, no tantas. Una de las más acertadas es, quizá, la de «sacerdote en plenitud».

Si sacerdote significa «consagrado al amor», al servicio de los hermanos y de la comunidad, Obispo será, tendrá que ser, el «primer servidor y testigo del amor cristiano en su iglesia».

El amor es el único «mérito de guerra» para «subir el escalafón del reino de los cielos».

Cuando Jesús examina a Pedro antes de nombrarle «el primero de los apóstoles» sólo le examina del amor. «¿Me amas más que éstos?» es decir ¿te entregas, sirves, buscas los últimos sitios..., más que éstos?

¡Qué contrasentido! Resuelta ser «el jefe», el más esclavo de sus hermanos, el más servidor, el que supo hacerse último y menor por el amor.

Luis Amigó entendió esto a cabalidad. Él, que había vivido su sacerdocio como oblativa consagración al amor, quiso vivir su episcopado como «entrega plena y total al amor».

Su intención queda recogida en lema de su escudo, que es la frase misma de Juan que encabeza este apartado de su vida.

Desde que el 9 de junio de 1907 fue consagrado Obispo vivió su vocación cristiana en un «continuo desvivirse», primero en Solsona y luego en Segorbe, por más de veintisiete años:

- Supo llegar a los más sencillos. «Nunca pensé, declara un labrador que lo conoció de cerca, que un Obispo estuviese tan al alcance de todos... entendía mi lenguaje...».
- Acogió a los pobres «su porción escogida», como gustaba llamarlos. Siempre mantuvo abiertas para ellos las puertas de su casa y de su corazón, y dispuesto y pronto su bolsillo.
- Sentó a su mesa gente modesta y obreros ocupados temporalmente en alguna de sus obras.
- Continuó ocupándose «con entrañas de misericordia» del mundo de la marginación. «En cierta ocasión recibió en su casa a un hombre que, perseguido por la justicia, recurrió a él. Pocos días después el hombre enfermó y dispuso lo necesario para su cura y él mismo lo visitaba frecuentemente. Así lo tuvo con él

hasta que, aclaradas las cosas, sano y libre pudo regresar seguro a su casa»

—Se preocupó, con especial cuidado, de la juventud, promoviendo diversas obras en sus sucesivas diócesis en favor de su cristiana educación, y «visitando periódicamente las casas de sus hijos e hijas los religiosos y religiosas en las que se mezclaba entre los niños y jóvenes y compartía con ellos su afecto de verdadero padre».

—Mimó a sus sacerdotes, a quienes «recibía como un padre bueno, manso, dulce... con carácter ecuánime, sencillo, prudente, amoroso...».

—Y dejó a todos, junto con el ejemplo de su vida, un extraordinario magisterio de casi cincuenta exhortaciones pastorales en las que trata con sentido cristiano los problemas más actuales de la sociedad que le tocó vivir. Su magisterio, como su vida, tiene una idea central: la misericordia, el perdón, el Amor de Dios, único que transforma el corazón humano y puede transformar la misma sociedad.

En una palabra, por su talante podría decirse que se adelantó al mismo Vaticano Segundo.

SU LUMINOSO OCASO

«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda infecundo, pero si muere da mucho fruto».

(Jn. 12, 24)

La muerte vista sin referencia a la vida quita el sentido a la propia vida.

Sólo desde la vida y con referencia a la vida puede alumbrarse, con la luz de la esperanza, el siempre doloroso misterio de la muerte.

«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere...» Otra vez las paradojas del Evangelio.

Ciertamente la lógica de Dios está situada en las antípodas del hombre.

El mundo valora la riqueza, la fuerza, la inteligencia, la *vida*...

Y Dios le contesta proclamando «dichosos los pobres, los humildes, los sencillos... los que saben morir».

¿Quien puede entender esto? Duro es este mensaje.

Sólo desde la clave del amor es posible entender tanto aparente sinsentido.

En la bucólica estampa del «grano de trigo que muere» se descubre todo un mensaje de vida y amor. El morir es doloroso, hasta para un grano de trigo. Pero ¿no es verdad que nada puede haber a la vez, más gozoso para él que sentir surgir de sí una nueva espiga, una nueva vida? Sin embargo esta alegría sólo está reservada para aquellos granos de trigo que «no se amaron tanto a sí mismos que temieran la muerte».

Por el amor vivimos los hombres constantemente el misterio de la *muerte-resurrección*. En la medida que morimos a nosotros, vaciándonos por amor en servicio de nuestros hermanos, resucitamos en el amor al mundo de aquéllos a quienes nos hemos abierto.

Cuando nuestro amor, nuestra entrega y nuestra muerte trascienden lo humano y llegan a Dios, también nos sentimos resucitados en Dios de una manera absoluta.

Para un cristiano es un pecado contra la fe, la esperanza, y sobre todo contra el amor, hablar de muerte sin referencia a la vida.

Cuando estamos a punto de decir un «hasta luego» a este apóstol de la juventud «cuya vida fue un constante morir a sí mismo y resucitar a Dios y a los hermanos por amor», no podemos menos que hablar de «ocaso luminoso».

Conforme su vida se iba apagando, íbase encendiendo con más intensidad la luz de su mensaje y testimonio de vida.

1 de octubre de 1934. Godella lloraba su muerte...

4 de octubre de 1934. Masamagrell, tierra en donde vino al mundo, lo recibí en su seno.

Pero ni aquellas lágrimas, ni esta tierra han ofuscado, ni han podido enterrar su espíritu de amor, que aletea desde entonces más fuerte y se va haciendo realidad viva cada día en la actuación de sus dos congregaciones. Y por todo ello, a los setenta y cinco años de su tránsito podemos proclamar: *Luis Amigó, mensaje de vida.*

SEGUNDA PARTE

Su obra

UN NUEVO CARISMA EN LA IGLESIA

«...Vosotros mis amados hijos e hijas, a quienes Él ha constituido zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta volverla al aprisco del Buen Pastor...».

(Luis Amigó. Cta. 3-V-1926)

¿Carisma?

Sí, carisma...

Tras el ropaje de esa vieja palabra griega se esconden las cualidades personales que distinguen singularmente a una persona y enriquecen la sociedad.

La variedad de cualidades es necesaria incluso en la más pequeña participación social.

En la familia, en el equipo deportivo, en el grupo más pequeño de amigo... se necesitan. Hace falta, por ejemplo, el que, con su tendencia natural al diálogo, enriquezca a los demás enseñándoles a comunicar sus propias experiencias. Hace falta también, y al mismo tiempo, quien, con su natural

silencio, enseñe a los otros a escuchar. Un grupo de amigos donde todos hablaran a la vez, o todos permanecieran simultánea y constantemente callados, no podría llamarse tal.

Las cualidades naturales y singulares de cada uno, puestas al servicio de la comunidad, colaboran así al más completo desarrollo de la misma.

Y cuanto más diversas son las cualidades, mayor es el mutuo enriquecimiento, si existe en su comunicación un verdadero diálogo vital.

A mí, personalmente, siempre me ha fascinado el mensaje que nos transmite en este sentido la inmortal novela de Cervantes. Al inicio de la misma don Quijote es la personificación más pura del idealismo, mientras que Sancho, contrariamente, lo es del realismo. Al final, tras una larga convivencia entre ambos, en la que cada quien ha puesto en común sus cualidades, don Quijote «tiene los ojos más puestos en el suelo y es capaz de dar a Sancho consejos de gran sabiduría popular»; y éste «tiene los ojos más allá del comer y del beber, y se preocupa también por la guarda de los valores».

¿Quién perdió y quién ganó? Ambos se enriquecieron mutuamente desde sus propias cualidades.

Entre los que somos cristianos, estas cualidades que nos adornan a cada uno de nosotros en particular se hacen derivar de Dios.

Es Dios quien distribuye los carismas para el mutuo bien y provecho. Es Dios quien los *regala*

—se podría decir— para que los beneficiados los *regalen* a su vez a los demás, colaborando así al *mutuo enriquecimiento* y al *personal crecimiento en el amor*.

Entre estos carismas hay unos más comunes, que se suelen encontrar en todas las épocas y lugares. Hay otros más singulares cuyo surgir se circunscribe a una determinada época y situación.

Estas cualidades singulares y específicas, cuando las personas que las poseen no las viven sólo a nivel personal, sino que buscan la forma de perpetuarlas en el futuro, son las que se convierten en carismas fundacionales.

Francisco de Asís, Domingo de Guzmán, Ignacio de Loyola, por citar sólo algunos, son claro ejemplo de ello. Cada uno se distinguió por una cualidad especial que sirvió para enriquecer un aspecto de la sociedad de su tiempo. Cada uno encontró, además, la manera de perpetuar en la sociedad futura lo que había sido su carisma.

Luis Amigó fue señalado singularmente por el dedo de Dios. El Espíritu quiso suscitar en él, y a través de él en el futuro de la historia, una nueva cualidad que sirviera para llevar un mensaje de amor al corazón de una parcela muy querida por Él y desamparada aún en la sociedad de dos siglos atrás. La parcela de la juventud con problemas de conducta, reclusa en cárceles junto a los mayores, y la parcela de los niños que estaban abocados a la

delincuencia, si no se les tendía una mano, estaba muy desatendida. Necesitaba un apóstol.

A mediados del siglo XIX había nacido en España quien Dios había señalado para la empresa.

No será sin embargo hasta finales de ese siglo cuando se manifieste ante el mundo.

Dios no tiene prisa. Suele conceder al hombre tiempo para que descubra su camino.

José María Amigó y Ferrer, lo hemos visto en el rápido recorrido hecho por su vida, fue descubriendo paulatinamente el suyo. El ambiente de piedad de su familia en la niñez, las asociaciones cristianas, los amigos, las visitas a cárceles y hospitales en su juventud, el espíritu de menor y servidor con que fortaleció, como religioso capuchino, su amor, el apostolado con la juventud de Escalante y los presos de Santoña, su trabajo con las Terceras Órdenes, lo fueron madurando.

Sólo así se entiende lo que sucede el año 1885. La fundación de las religiosas Terciarias Capuchinas en este año no es fruto de un «arrebato momentáneo del Espíritu». Es el resultado de toda una vida. Otro tanto cabe decir del año 1889, en que funda a los religiosos.

Estas Congregaciones y los laicos que participan de su espiritualidad y misión serán los encargados de perpetuar, encarnar en cada momento histórico, enriquecer, el carisma de «preocupación misericordiosa y redentora por recuperar, atraer de

nuevo, educar... a tantas personas marginadas en la sociedad y por la sociedad, *especialmente niños y jóvenes*».

Un carisma que fue, en un tiempo, personal de Luis Amigó.

Un carisma con que Dios enriqueció a la Iglesia del siglo XIX.

Un carisma que hoy sigue vivo en los religiosos, religiosas y laicos amigonianos para la Iglesia y la sociedad del siglo XXI.

MÁRTIRES Y MENSAJERAS DEL AMOR

«...Sirvan al Señor en... las dulzuras de la contemplación... y dedicándose con solicitud y desvelo al socorro... de sus prójimos».

(Luis Amigó. Pr. Const. n. 3)

¿Es posible amar sin sufrir?

Es posible sufrir sin amar. Es posible y desesperante a la vez. No es posible amar sin sufrir el desgarramiento del propio yo.

«No hay amor más grande que dar la vida por los hermanos». El diario desvivirse. He aquí el continuado martirio de un cristiano.

Todo cristiano consecuente con su fe es un mártir, un testigo del amor.

Pero no a todos pide Dios el mismo grado de heroísmo en el testimonio.

Algunos están llamados a un heroísmo continuado, que dura hasta el momento de una muerte natural.

Otros sienten sesgada su vida por una temprana muerte. Una muerte no surgida espontáneamente de la hermana naturaleza. Una muerte provocada por el odio de sus prójimos, o por el extremado amor y entrega de uno mismo a los hermanos.

11 de mayo de 1885. Fray Luis de Masamagrell erigía la Congregación de religiosas Terciarias Capuchinas y entregaba a sus hijas las Constituciones. Las llamaba al amor, a desafiar, en el servicio al prójimo, al mismo amor.

El cólera. Esta terrible y deshidratante epidemia, que aún hoy, cuando se desata, hace temblar a la ciencia, asoló otra vez Valencia en este mismo año de la fundación.

Masamagrell pidió auxilio. Los sanos huían, aterrados, del pueblo. Muchos nada querían saber ni de muertos ni de enfermos. Hijos que abandonaban a sus padres, familias que se desintegraban, amores superficiales que no superaban la prueba del sufrimiento, ni sabían afrontar el riesgo.

En medio de tanto dolor, sufrimiento, muerte..., en medio del desencanto de los enfermos de sentirse abandonados, que es más duro que la enfermedad y muerte misma, aparecieron, por primera vez en el pueblo que había visto nacer a su Fundador, las religiosas Terciarias Capuchinas.

Eran cuatro. Aunque querían ir todas, fueron ellas las agraciadas. Sólo cuatro. La fuerza de su amor incontenible.

Los periódicos de la época nos la presentan «couriendo a los sitios más peligrosos para cuidar a los coléricos».

Tanto desafiaron peligros, tanto despreciaron por amor su propia vida, que el Señor las consideró «dignas de Sí».

Tres de ellas, las más jóvenes y fuertes, regaron con su muerte el tierno árbol de la congregación naciente.

Ellas fueron el primer testimonio de «amor hasta el extremo» que ofrecieron a la Iglesia y al mundo las Terciarias Capuchinas. En Benaguacil una novicia ofrecía también su vida al servicio de los coléricos. Eran así cuatro las que el Señor llamaba junto a Sí.

Ellas merecen en primer lugar, y de modo singular entre sus hermanas, ser llamadas «mártires y mensajeras del amor».

Su testimonio ha sido semilla de entrega para las generaciones futuras, que han sabido ver en ellas «un desafío al amor mediante el continuo martirio del propio yo». Futuras generaciones que también, y en su medida, supieron ser y continúan siendo mensajeras, y testigos en su vida, del amor oblativo al que las retó Dios por mediación de Luis Amigó.

En el transcurrir de su historia constantemente aparece hecho vida este testimonio y mensaje.

Pero... dejemos descansar un poco la historia. Hagamos en ella una primera pausa, un silencio, en recuerdo de estas cuatro primeras religiosas que fueron fieles hasta el final.

Aprovechemos entre tanto para percatarnos qué misión quiso para ellas su Fundador.

Enviadas a los necesitados

Misión... enviar... destino... Son palabras que se relacionan y complementan en su significado.

Luis Amigó llamó a sus hijas a «ser mensajeras y testigos del amor universal de Dios a los hombres», pero, al mismo tiempo, les señaló una particular parcela en la que, de modo especial, debían extemar ese amor. Las destinó, las envió, les dió como especial misión «servir a sus prójimos en los hospitales y asilos, singularmente, de huérfanas y de corrección paternal».

Su personalidad carismática comenzaba así a proyectarse al futuro.

Las visitas a hospitales que ya en su primera juventud había practicado él con *desvelo y solicitud* encontraban quién las continuase con su mismo espíritu.

La atención a los huérfanos, que, desde el acontecimiento providencial y profético del niño abandonado en Escalante, le urgía en su espíritu, encontraba en ellas «unas verdaderas madres para los hijos de nadie».

Y con la misión de dedicarse también a las niñas y jóvenes necesitadas de «corrección paternal» extendía al campo propio de la mujer su propia preocupación por la juventud con problemas de conducta y el apostolado que él mismo había ejercido en las cárceles.

Un seguimiento singular de Cristo

Toda misión, cristianamente entendida, implica «seguir a Cristo dentro del marco de la comunidad eclesial».

La misión que Luis Amigó confía a sus hijas confiere a este seguimiento unos rasgos especiales que configuran, desde su carisma, el ser cristiano, eclesial, religioso, de la nueva congregación. Configuran un espíritu que las distingue singularmente en el conjunto universal de la Iglesia.

Los rasgos fundamentales, las líneas generales del mismo, son:

—*Un seguimiento de Cristo Buen Pastor*, que supone imitar de modo especial su espíritu misericordioso y redentor, su preocupación

por la «oveja perdida», su continuo «desvivirse», dando la vida por los demás...

—Un seguimiento de Cristo *junto a María al pie de la Cruz*, que se convierte, para quienes han sido llamados a cooperar en la regeneración de los hombres, «en ejemplo del amor maternal que los debe animar».

—Un seguimiento de Cristo *desde el espíritu franciscano de menores*. Ese espíritu que tanto ayuda desde la humildad, pobreza, sencillez... al servicio, a la entrega...

—Un verdadero *ambiente familiar al ejemplo de la Familia de Nazareth*. La educación que las Terciarias Capuchinas ofrecen, la atención en los hospitales en que laboran, su propia vida de familia, se distingue por este espíritu, propio de Nazareth y surgido del amor. Ese amor aprendido de Cristo Buen Pastor junto a María y José, desde Francisco y Luis Amigó. Ese amor aprendido en la escuela amigoniana.

Los deseos se convierten en realidad

Muchas cosas se realizan en la medida que se desean.

Pero el paso de las ideas, ilusiones, proyectos... a la realidad es siempre difícil, requiere su tiempo.

El padre Luis había soñado que su congregación de religiosas se dedicase a ejercer la caridad, fundamentalmente en hospitales, orfanatos y casas de readaptación social. Lo había soñado, y así se lo había legado como misión. Y Dios le concedió la gracia de ver, aún en vida, convertida plenamente en realidad su carismática ilusión.

9 de agosto de 1885. Masamagrell empieza a despertar de una horrible pesadilla. El cólera ha pasado. Pero su rastro es terrible como lo fue su paso.

Familias destruidas, maridos sin esposa, viudas abandonadas, padres que han perdido a sus hijos, niños que han perdido a sus padres... El panorama de desolación es amplio. El hecho de no poder llegar a todo, no exime de llegar hasta donde se pueda.

Luis Amigó es consciente de esto. Sabe que no se puede hacer mucho. De cuatro profesas que tenía en Masamagrell, el Señor se llevó tres a su directo servicio. Una le queda, débil y medio enferma aún

El padre Luis casi no se atreve a exponerle el plan. Cuando lo hace, la debilidad de su hija parece transformarse en fortaleza.

No hay dinero, ni medios, ni casa... No importa. Hay fe y esperanza en la Providencia que «mantiene a las aves del cielo». Hay amor en sus corazones.

Y Dios que manifiesta tanto más su fuerza cuanto mayor es la debilidad del hombre, hace triunfar la empresa. El Padre Luis y la madre Ángela colaboran saliendo personalmente a recoger muebles y enseres que la gente les daba.

Poco a poco aquella pequeña y pobre casa alquilada va ampliándose hasta constituirse en el primer asilo que tuvieron las Terciarias Capuchinas para acoger niños huérfanos y desamparados.

De los tres sueños misionales que Luis Amigó tuvo para sus religiosas, uno era ya realidad.

15 de julio de 1889. Ollería, pueblo ligado desde hace varios años al capuchino padre Luis de Masamagrell, recibe a las Terciarias Capuchinas.

La casa estaba destinada, según los planes de los hombres, a ser noviciado. Dios había pensado otra cosa, y Él, que se sirve hasta de «renglones torcidos para escribir derecho», se salió de nuevo con la suya. En 1890 el noviciado se convirtió en centro asistencial y hospitalario.

Se hacía historia otra parte de la triple misión, que el Fundador había confiado a sus hijas.

1 de noviembre de 1931. Bilbao. El tribunal tutelar de menores requiere el servicio de las religiosas para hacerse cargo de una casa destinada a observación y readaptación social de niñas y jó-

venes. Allí van ellas, cargadas de ilusión. Los años no son fáciles en España. No importa. El amor lo puede todo.

Los cansados ojos del padre Luis aún pudieron ver esta realización. Su debilitado corazón latió con renovado vigor. «Ya podía descansar tranquilo». Su ilusión y deseo estaban plenamente cumplidos. Sus hijas trabajaban ya en los tres frentes misionales en que él las quería. El germen estaba sembrado. Continuarlo era cosa de ellas.

Por los caminos del mundo

«El que se guarda para sí mismo, se pierde», dice la Escritura.

Nunca el cerrarse ha sido solución para afrontar los problemas de una vida, que es apertura.

Un hombre que no se abre a los demás, se empobrece.

Una sociedad encerrada en sí misma, no progresa. Una congregación religiosa que no se expansiona por diversas culturas, no se enriquece, no alcanza nunca la adultez.

La congregación de Terciarias Capuchinas, que había surgido vigorosa y que se había fortalecido aún más tras la oblación de aquellas cuatro «prime-

ras mártires amigonianas del amor», no podía contener por más tiempo los ímpetus de expansión.

5 de febrero de 1905. Masamagrell-Casa Madre. No se habían cumplido los veinte años de fundación, cuando parten hacia Colombia las primeras misioneras de esta congregación.

Se las veía satisfechas y con la fogosidad propia de quien vive plenamente su vocación.

Tenían la mirada tan sólo puesta en el futuro y en su nueva patria. Les dolía lo que dejaban atrás, pero no volvieron la vista.

Ellas fueron la semilla de esta congregación en tierras americanas. Semilla, genéticamente cargada de amor, de cuyos frutos es testigo la sociedad colombiana donde hoy tienen las Terciarias Capuchinas una fuerza extraordinaria.

30 de enero de 1928. La Guaira. Venezuela fue el segundo país que pisaron las nuevas religiosas, en vida aún de su Fundador.

El árbol continuaba creciendo. Sus ramas se extendían. Sus raíces arraigaban en tierras distintas, de las que asimilaban las diversas sustancias vitales. Tierras que, a su vez, absorben los constantes sudores de unos cuerpos incansables en el amor. Cuerpos en incesante movimiento por caminos fangosos y pedregosos, caminos que aparecen para

desaparecer de nuevo entre las espesuras selváticas, caminos que conducen a perdidas y solitarias chozas donde se encuentran, necesitados, la mujer, el hombre, el niño, la niña... que han gritado a su amor.

3 de noviembre de 1929. Es la fecha de la última expansión misionera en vida del Padre. Destino Kansu, la misión más pobre de China.

La empresa requiere espíritus heroicos.

Aquí están dispuestas y alegres las religiosas forjadas en la escuela de amor, servicio, entrega, fundada por Luis Amigó.

Se despiden, como hacían los misioneros de entonces, «hasta el cielo».

El padre Luis, envejecido ya por los años, cansado su cuerpo por las fatigas, pero fresco aún en su cariño, no puede contener las lágrimas en ese momento. Sabía que no las volvería a ver.

No puede hablarse, sin embargo, de «adiós», pues siempre las tuvo presentes, con predilección, en su corazón que, como de padre que es, ama más a quien más lo necesita. Cuando estando ya para morir, recibe noticias de ellas, aún tiene fuerzas, al oír nombrar la China, para sacar sus manos y aplaudir, con debilidad y entusiasmo a la vez.

También ellas experimentaron la muerte. Tres hermanas de las que habían partido en sucesivas

expediciones que se hicieron a la gran nación del Asia, ya no volvieron más. Sus cuerpos fructifican desde entonces aquellas tierras. Sus espíritus, empero, volvieron rejuvenecidos para ser un nuevo «testimonio y mensaje de amor» para las futuras generaciones.

A las puertas de otra fiesta jubilar

¡Cómo pasa el tiempo!

Parece que fuera ayer, y las dos Congregaciones están celebrando, gozosas, —este año 2009— el setenta y cinco aniversario del Tránsito de su Fundador a la mansión definitiva preparada por el Padre.

Y tras un breve paréntesis, las hermanas celebrarán también los ciento veinticinco años de su fundación.

Durante este tiempo se ha convertido en frondoso árbol lo que en 1885 era tierno retoño. Hoy unas mil quinientas religiosas se glorían en la Iglesia de pertenecer a la familia amigoniana.

La misión, que hasta el año 1934 se había extendido por cuatro naciones distintas, se encuentra ya por casi todo el mundo:

—En la vieja Europa, Alemania y Suiza, Bélgica e Italia, Eslovaquia y Polonia han ido co-

nociendo, además de España, la sacrificada y silenciosa labor de las Terciarias Capuchinas.

—En Latinoamérica son Brasil y Panamá, Guatemala y Ecuador, Bolivia y Perú, Paraguay y Puerto Rico, Argentina y Costa Rica, Chile y Méjico, Nicaragua y República Dominicana, Cuba y Honduras, las que se han ido uniendo a la misma experiencia de las ya antiguas Colombia y Venezuela.

—En el Oriente, nuevas fundaciones en Filipinas, en Corea y en la India llenan el vacío que dejó en el espíritu emprendedor de estas religiosas la obligada salida de las misiones del Kansu, al tiempo que se ultima el regreso a la gran nación China.

—Por Zaire, comenzó, finalmente, a abrir sus puertas al mensaje de Luis Amigó el gran continente africano. El continente de la Iglesia del futuro. Tras el Zaire vinieron otras fundaciones en Centroáfrica, Tanzania, Benín y Guinea Ecuatorial.

Los tipos de obra en que se realiza su labor son diversos, pero conformes en todo momento al espíritu del Fundador. Conocen de su trabajo:

—Centros de protección.

—Institutos de readaptación social.

—Hogares o casas de familia.

- Hospitales y clínicas.
- Barrios marginados, entre cuyas gentes mezclan su vida las religiosas.
- Misiones...

Los hermanos a quienes aún hoy se sienten enviadas son:

- Ancianos y enfermos.
- Huérfanas y abandonadas.
- Niñas, niños o jóvenes necesitados de protección o que no han encontrado, o han errado su camino en la vida.
- Juventud necesitada de comprensión y calor, afecto y amor....
- Juventud falta de ayuda y orientación...

Mantienen vivo el legado que les dejó Luis Amigó.

Confiadas en Dios, que les manifiesta su voluntad por medio de él, tienen su mirada puesta en el futuro y su corazón amando el presente.



Que tu luz, Señor, me haga ver la luz.



Todo me habla de Dios.

TESTIGOS DEL AMOR DE CRISTO

«...los religiosos... trabajarán en formar su voluntad en el Amor de Dios... para poderlo comunicar a sus prójimos y estar más dispuestos a servirles...».

(Luis Amigó. Pr. Const. n. 2)

¿Es posible amar a los hombres de espaldas a Dios?

Lo cierto es que no es posible amar al Dios de los cristianos, sin amar al mismo tiempo a los hermanos. No es posible tampoco entender cristianamente el amor a los hermanos sin referencia a Dios.

El amor de Dios, el amor de Cristo, es siempre un amor «dinámico y peregrino», un amor «en movimiento y en constante éxodo del propio yo».

Sólo el que al amar no se busca a sí mismo, sólo quien al amar es capaz de llegar, si necesario fuere, hasta el aniquilamiento físico del propio yo, ama con amor cristiano.

Desde que Cristo da la vida por sus amigos, amar es sinónimo de *desvivirse*.

Es difícil, muy difícil, entenderlo y vivirlo profunda y universalmente, cuando no están radicadas en Dios la fe y la esperanza.

Amar a una persona por la que sentimos afecto nos resulta fácil. Demasiado fácil quizá. Quizá sea porque en el fondo nos estamos amando en ella a nosotros mismos, porque nos sentimos «vivir en ella» a través de nuestro sentimiento.

Amar a todos, como hermanos, pobres y ricos, agraciados y desgraciados, amables y groseros, sucios y limpios..., es lo difícil. Aquí comienza a sentirse en la propia carne la punzante dureza del amor cristiano.

12 de abril de 1889. Convento de la Magdalena. Luis Amigó se siente extremadamente contento. Nunca pensó, siendo como era ya experto en estas lides de fundador, que le iba a costar tanto esta nueva fundación. Atravesó momentos verdaderamente difíciles. Le falló hasta aquel joven en el que más confiaba. No tenía ni casa para alojar la nueva comunidad.

Todo lo ha superado sin embargo ya. Una vez más, como tantas otras en su vida, ha entendido que la Providencia lo dispone todo y que su actuación es más deslumbrante, cuanto más a oscuras nos sentimos los hombres. Y Luis Amigó se deja llevar gustosamente de la mano de Dios.

Y, porque lo ha entendido, se dispone, en medio de su pobreza y alegría, a inaugurar canóni-

camente la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos.

Son catorce los nuevos religiosos. A todos ellos les viste el hábito y les entrega las Constituciones. A todos ellos les urge a empapar de amor sus corazones para que puedan después ser *testigos del mismo*.

Allá arriba Dios ha seguido con atención la sencilla ceremonia realizada en el viejo y entrañable convento capuchino. Ha leído antes que ellos las Constituciones. Le ha llamado la atención algo que en ellas se resalta desde la primera página y que otra vez hoy recuerda a sus hijos Luis Amigó: «la primacía que en su vida deben dar al amor».

Y quiere probar Dios la capacidad de amor que hay en aquellos corazones. La mejor manera para ello es el sufrimiento.

Sólo en los momentos difíciles se calibran los quilates del amor.

Amar cuando todo va bien, cuando la vida sonríe, cuando el color es de rosa, no es difícil.

Amar cuando falta lo necesario, cuando empiezan las dificultades, cuando el mundo parece al revés, y el rosa se ha tornado rojo-sangre, es complicado, y verdadero amor a la vez.

En el Puig, la destartalada y fría cartuja donde vivían los religiosos amigonianos desde dos días después de su vestición, comienzan las dificultades.

La pobreza y la austeridad se extreman. Las limosnas no llegan a cubrir las necesidades más

perentorias. Y, por si aún era poco, las fiebres palúdicas se enseñorean de la comunidad.

Las deserciones comienzan. Algunos de los que soñaron con «comerse el mundo», no pueden resistir verse privados del pan. Otros, que se creían fuertes, no soportaron la debilidad de la enfermedad.

Al final, unos cuantos, los suficientes, los que «no necesitaron arrodillarse para beber», permanecieron firmes. Eran los que Dios había considerado «aptos para la misión». Eran quienes demostraron amor, fidelidad en el sufrimiento, y estaban preparados para ser «los primeros testigos del amor de Cristo» que los religiosos amigonianos ofrecían a la Iglesia.

19 de septiembre de 1902. Roma. León XIII aprueba la Congregación. Los Terciarios Capuchinos son oficialmente parte de la Iglesia universal.

En el Decreto de aprobación, un detalle. Con lenguaje bíblico y muy cercano al del Vaticano II se llama a los religiosos amigonianos a «manifestar la apremiante caridad de Cristo».

Con ello la Iglesia secunda el deseo del Fundador de que sus hijos sean *testigos del amor*. ¿Para quienes? La respuesta de esta pregunta pertenece ya al campo de la misión.

Misioneros en el mundo de los jóvenes inadaptados

Misionero. Palabra que por muy usada tiene el peligro de perder su verdadera fuerza y sentido.

Cuando la oímos asociamos, casi de forma inconsciente, a ella el contenido semántico de «viaje, marcha, traslado...» Hemos acabado por entender, a menudo, el envío, la misión, desde una dimensión geográfica.

En realidad no era así en su inicio. Cuando Cristo envía a sus apóstoles a evangelizar, que éste es el verdadero fin del envío apostólico, no los manda necesariamente a viajar. La misión evangélica no comporta tanto un «ir fuera del país, región...», cuanto un «ir al interior de los corazones», o si se prefiere un «ir, en un primer momento, al interior del propio corazón».

Misioneros son, en este sentido, quienes se ponen en camino hacia el propio interior o hacia el hermano, para llevar el evangelio, el amor de Cristo, hecho enseñanza y vida.

El cristiano es necesariamente, y en este sentido, misionero. Lo es en la medida que ama y lleva en su propia vida un mensaje de amor.

Cuando sabe, además, acompañar el ejemplo con una adecuada catequesis, se convierte más explícitamente en un verdadero evangelizador.

Los amigonianos, por expresa voluntad de Luis Amigó, son misioneros en el mundo concreto de los jóvenes socialmente inadaptados.

«Esta congregación, dice él mismo, se consagra en especial a la enseñanza y moralización de los jóvenes acogidos en escuelas de reforma, o similares».

Toda la experiencia vital que había él almacenado, todo el designio de Dios que había ido descubriendo en sus visitas juveniles a la cárcel de Valencia y en las que más tarde hizo a la de Santoña, quedan recogidas para sus hijos en este mandato misional.

La experiencia le ha hecho darse cuenta que el principal problema de las cárceles, con ser muchos los que en ellas había, era en aquel tiempo la mezcla indiscriminada entre niños y adultos.

Las cárceles se convertían así en «universidades del mal ejemplo». Los niños iban a ellas, como unos mayores más, a cumplir «su condena». No se les ofrecía ninguna posibilidad de recuperación. No se pensaba ofrecerles la posibilidad de una promoción cultural o laboral, fundamento y base para un cambio de conducta.

Todo esto, que hervía en la mente y en el corazón de Luis Amigó, es lo que él confía a sus hijos.

Sabe que el trabajo es arduo. Él solo no podría afrontarlo, y por eso, sintiéndose tocado por Dios a ello, piensa en una congregación dedicada de modo exclusivo a esta misión.

Hay mucho campo por delante. Está casi todo por hacer.

En el norte de Europa hay algunos intentos, pero pequeños aún.

No le asusta nada. Tiene a Dios de su parte y nada le espanta.

Lanza a sus hijos tras la empresa, pero él continuará siempre a su lado, con sus consejos, con su apoyo, con su cariño... No hay aún métodos pedagógicos apropiados para llevar a buen fin la empresa. No importa tampoco, poco a poco se irán descubriendo.

La práctica, la experiencia y sobre todo un amor que hunde en Dios sus raíces, son fuente inagotable de sabiduría pedagógica.

La ciencia es también importante y a ella siempre estará abierto Luis Amigó. Pero sabe que es tanto más importante cuanto el que la expone, la practica y vive con amor. Donde no llega la ciencia, llega el amor, y donde, a veces, falla la técnica, tiene éxito una mano amiga.

Y de este modo, casi sin nada, con la pobreza que caracterizó la congregación desde su inicio, acompañados sólo con la riqueza de Dios, los religiosos amigonianos, fieles al mandato de su padre, emprenden su camino misionero al mundo de los jóvenes inadaptados.

Este mundo no tiene dimensiones geográficas. Es un mundo que vive dentro de otros muchos pequeños y grandes mundos. Es un mundo que en los barrios pobres se viste de miseria, incultura, hambre, injusticia... Es un mundo que en los ba-

rrios ricos se viste de insatisfacción, hastío, desencanto, droga... Es el mundo interior de muchos jóvenes que no sienten la alegría de vivir, que no han descubierto su dignidad como personas, que no han encontrado una mano amiga, que han recibido muchos palos en la vida... Es el mundo de muchos niños educados sin afecto, sin juguetes, sin dignidad... El de niños tratados con demasiadas cosas y poco amor, con demasiado dinero y pocos valores... Es un mundo tan grande como el mundo mismo. Está a la vuelta de la esquina, y, a veces, antes de llegar a ella.

Un modo peculiar de ser Iglesia

Iglesia, reunión, comunidad... Palabras que se realacionan.

Todas ellas tienen en común el hecho de superar el aislamiento, la soledad, el egoísmo.

Dios, que está en todas partes, no encuentra cabida en el corazón solitario y egoísta.

La fe, que es fundamentalmente amor, sólo puede vivirse desde la relación del ser.

Cristo nos llama a vivir la fe en comunidad. Está presente donde «dos o más están reunidos en su nombre».

La fe que no se expresa unitariamente en el marco de una comunidad eclesial, no puede llevar el apellido «cristiana».

La comunidad eclesial, la Iglesia, no es, empero, una sociedad uniforme. Su unidad supone diversidad de funciones, de cualidades, de servicios, de carismas... En ella se puede decir aquello que «todos somos iguales, pero no de la misma manera».

Por medio de Luis Amigó, el Espíritu enriqueció con un nuevo carisma a la Iglesia. Los religiosos amigonianos participan de ese carisma y tienen, por ello, dentro de la misma «personalidad y espiritualidad propia», con nombre y apellido, que los configura y distingue. Sus características son:

- Cristo-Buen Pastor*, a quien deben seguir como *zagales*. Es la figura central e inspiradora de la espiritualidad amigoniana. Se convierte en la fuente de vida y acción para los continuadores del carisma de Luis Amigó. Deben imitar y vivir su espíritu misericordioso, acogedor, dinámico, preocupado... para como Él, estar dispuestos a salir al encuentro, buscar, recibir... a los jóvenes que necesitan ayuda.
- María-la Virgen de los Dolores*, que con su sufrimiento y amor al pie de la Cruz, se convierte en fuente de la generosidad y misericordia, fortaleza y ternura, que deben animar a quienes quieren colaborar en una obra redentora, como es en concreto ésta de trabajar en favor de la juventud desadaptada en su personalidad, en su familia, o en la sociedad...
- Francisco de Asís*, quien con la humildad y sencillez, pobreza y entrega, hospitalidad y mansedumbre, que distinguen su vivir y actuar, es referencia

del espíritu sencillo, humano, familiar, que necesita tener en todo momento la acción misionera y educativa confiada a los amigonianos.

Comienza la misión

El panorama no era halagador.

Luis Amigó intuía la urgencia de hacer algo en favor de la juventud, marginada de la sociedad y por la sociedad misma.

No acababa, sin embargo, de ver cómo podría ser aquello.

En la España de 1889 ni tan siquiera existían centros destinados a recibir jóvenes y niños situados fuera de la ley. Iban todos a las cárceles de adultos.

En una situación así resultaba poco menos que utópico pensar en unos centros destinados, no sólo a recoger, sino incluso a educar, readaptar, resocializar... a los jóvenes.

Pero no iba a permitir Dios que los sueños y deseos de Luis Amigó, que eran los que Él mismo le había inspirado, terminaran siendo una bella, pero irrealizable, utopía.

Dios, que siempre dirige los hilos de la historia, los dirigía una vez más magistralmente:

24 de octubre de 1890. Santa Rita-Madrid. En la capital de España un grupo de personas, influyen-

tes y socialmente preocupadas, hacía tiempo que estaban intranquilas, inquietas, y al borde ya de la desilusión. Habían soñado en un centro destinado a acoger jóvenes en dificultad o apartados del camino de la ley. Y he aquí que, cuando tienen terminado el edificio, empiezan a fallarles los planes.

Habían calculado ellos que serían los salesianos quienes se harían cargo del centro. Lo habían calculado ellos, pero no Dios. Se empeñaron e hicieron todo lo posible, pero perdieron la partida. Don Bosco les dió su definitiva negativa: «aquello no entraba en sus planes».

Tenían a pocos kilómetros, en Valencia, la solución a su problema y no lo sabían.

Marcharon a Roma, visitaron al Papa pidiéndole ayuda en su empeño, y fue León XIII en persona quien les dijo «no buscar en el extranjero lo que tenían en casa». El nombre de Luis Amigó entraba así en la vida de aquellos señores. Dos caminos que apuntaban desde direcciones distintas al mismo fin, se entrecruzaban. Dios empezaba a ganar una nueva partida.

Lo que vino después ya fue más fácil. Luis Amigó dudaba un poco al principio. Casi no tenía gente. Pero ya «la suerte estaba echada».

Y así fue, casi sin nadie darse cuenta, cómo los religiosos Terciarios Capuchinos se hacía cargo, en este día, de la escuela de Santa Rita, destinada a acoger jóvenes con problemas de conducta.

Era la primera institución de este género, que funcionaba en España. Ni tan siquiera existían aún los tribunales tutelares de menores.

Los religiosos amigonianos, con un año escaso de fundación, se encontraban así trabajando de lleno en la propia misión.

Luis Amigó podía sentirse satisfecho. Su sueño, su deseo, gracias a Dios, había comenzado a ser realidad.

Una de las formas concretas de trabajar con jóvenes necesitados de ayuda tenía ya luz verde.

Un día cualquiera hacia el año 1892. Torrente, pueblo de la huerta valenciana, de rancia y añeja historia, de gente sencilla y acogedora... Torrente, el pueblo que regaló a los aún novicios de la nueva Congregación su histórico y entrañable convento de Monte-Sión, ve complacido cómo se extiende la misión amigoniana por sus propias calles y barriadas.

Aquí fue donde los religiosos de Luis Amigó comprendieron que el reto de su Fundajdor —«ir tras la oveja descarriada, desafiando despeñaderos y precipios»— no podía circunscribirse sólo al trabajo que ya ejercían en escuelas de readaptación social.

Fue aquí donde entendieron que también ellos debían salir al encuentro de los jóvenes necesitados, debían trabajar en los propios barrios, entre las gentes sencillas, pobres...

Y aquí iniciaron y experimentaron una nueva forma de realizar su misión en el mundo de la juventud.

El Padre Luis Amigó venía insistiendo desde 1890 a los religiosos de esta Casa-Madre en la necesidad de hacer algo en favor de los jóvenes y niños de la población.

Un religioso de los de «la vieja escuela», hombre profundamente piadoso y humano, misericordioso y recto, jovial y serio a sus tiempos, de espíritu juvenil y recia personalidad, fue el encargado de cumplir este sueño y deseo de su Fundador.

Fray Rafael, así se llamaba, empezó a moverse, acomodó un lugar de reunión, arregló todos los detalles, reunió un grupo de jóvenes de la población, les infundió su propio espíritu y preocupación, y... comenzó junto con ellos una verdadera obra social.

Pronto el vecino y pobre barrio de los gitanos fue sintiendo su presencia.

Fue ganándose, poco a poco, el religioso, el corazón de aquella gente. Compartió con ellos la fe, los bienes, la cultura, las preocupaciones, el corazón... Se preocupó con especial esmero de sus niños y jóvenes. Y así, sin necesidad de sacar a las personas de su ambiente, sino más bien entrando en él y encarnándose en sus propias realidades, logró grandes frutos de cambio y resocialización.

Los religiosos amigonianos enriquecían su propio patrimonio espiritual y educativo con este modo alternativo de cumplir su misión.

Luis Amigó tenía nuevos motivos para sentirse contento.

11 de junio de 1920. Amurrio. El trabajo iniciado en Santa Rita, llega al norte de España. La obra continúa extendiéndose. Después de Madrid, de Dos Hermanas..., Amurrio abría en esta fecha sus puertas a los primeros alumnos.

Con el tiempo esta casa constituirá un hito en la historia amigoniana.

El método pedagógico iniciado en Santa Rita se había ido perfeccionando constantemente. Las sabias orientaciones del gran pedagogo que fue Luis Amigó, unidas a los estudios realizados por los primeros religiosos, lo hicieron posible. Será sin embargo aquí, en Amurrio, donde toda esta sabiduría pedagógica —«fruto del espíritu, ciencia y experiencia de la Congregación amigoniana»— se sistematizará y se convertirá en un verdadero método científico.

La psicología y pedagogía de la readaptación social entraban así en España.

Luis Amigó podía sentirse ya tranquilo.

Sus hijos habían encontrado el camino. Sólo faltaba continuarlo, y eso dependía de ellos.

Atentos a llamada de otras gentes

Los primeros religiosos Terciarios Capuchinos tuvieron sumo cuidado de no quedarse encerrados, empobrecidos, en su cultura natal.

Comprendieron bien pronto que sólo en la apertura está el enriquecimiento del ser.

En España no les faltaba trabajo misional. Su campo de acción —el de la juventud inadaptada— tenía ilimitadas posibilidades de extensión.

Nada de esto constituyó razón suficiente para cerrar sus corazones a la voz de otros países que pedían también su colaboración en este específico campo de la juventud.

Y porque supieron ser generosos cuando eran pocos, les concedió Dios fructificar y vigorizarse mucho en sus inicios.

Ya en 1913 intentaron extenderse a la Argentina. Hicieron esfuerzos, tentativas, viajes allá... pero los datos de los religiosos no coincidían, en esta ocasión con los que Dios tenía anotados en su agenda. En ella era el año 1927 el indicado para la apertura a nuevas culturas, y era Italia la nación elegida.

1 de febrero de 1927. Galatone. Italia no está, ni mucho menos, en los antípodas españoles. Los religiosos que emprendieron el primer viaje amigoniano fuera de su patria natal, no necesitaron despedirse «definitivamente» de nadie.

Y sin embargo, los sufrimientos fueron grandes y los tiempos difíciles. Los tres primeros expedicionarios que allí marcharon tuvieron que soportar por más de un año las dificultades inherentes a un cambio de idioma, cultura, costumbres...

Nada les echó atrás, empero. Supieron aguantar. Con la mansedumbre, la afabilidad, la fe compartida, el amor, aprendidos en la escuela amigoniana, supieron poco a poco ganarse el corazón de aquella gente. Se encarnaron en la nueva realidad.

Luis Amigó, que siempre mimó con especial cariño la fundación italiana, tenía a cada momento motivos de renovada alegría: Seminarios, noviciado... Sólo un deseo no pudo ver cumplido en vida con relación a Italia «ver a sus hijos trabajando en Roma y en la propia misión».

Este deseo lo vió cumplido desde el cielo, pues desde 1975 sus religiosos ejercen su misión como capellanes de la cárcel de menores de la ciudad y desde 1995 tienen abierta una Casa de Acogida para jóvenes egresados de la cárcel o en situación de conflicto. También desarrollan, desde dicho año 1995, programas para la socialización de menores y de sus familias en barrios marginales.

Se cumplió, pues, el deseo de Luis Amigó un poco tarde, pero "a tiempo".

12 de julio de 1928. San Antonio-Bogotá. A un año escaso de la fundación italiana, de nuevo abre sus puertas a la expansión, la nueva congregación.

Se trata ahora de la querida Colombia. La nación hermana «allende la mar oceana» pide colaboración. Un trabajo de protección de menores, íntimamente unido al propio de la readaptación social, espera a los religiosos.



Para ser pescador de hombres, te basta AMAR.



También tú, puedes fiarte de Dios.

Allá viajan los ocho designados. Llevan las maletas llenas de ilusión, el corazón vacío de sí mismos y rebosante de felicidad y amor. Cargan también consigo la experiencia que en el campo de la reeducación habían acumulado en España.

Ellos instalarán en Bogotá el primer gabinete psicopedagógico.

Ellos regarán con su esfuerzo y testimonio, e incluso alguno con su vida, aquellas tierras, que serán así, en el devenir de esta Congregación, uno de sus más firmes pilares.

1 de septiembre de 1932. Tucumán. Argentina es la tercera y última nación a la que desde España se extienden los religiosos amigonianos, en vida aún de su Fundador.

Son dos los designados para una institución que cuenta con más de cien alumnos internos.

El personal auxiliar los recibe «de uñas». Parte de la prensa los critica aun antes de comenzar su trabajo. Las instalaciones no reúnen las condiciones mínimas. Todo parece oponerse al éxito de la empresa.

Al mes, el panorama había cambiado. Las críticas cesaban para dar paso a las alabanzas. Las actitudes hostiles se tornaban amables. Comenzaba a verse la luz en su camino.

—¿Qué dijeron e hicieron para conseguir tan rápido cambio?

—Dijeron poco e hicieron mucho.

Trabajaron callada y abnegadamente. Aplicaron las técnicas que habían aprendido en España. Fueron, y esto sobre todo lo demás, *testigos del amor de Cristo* con el ejemplo de sus propias vidas. Se desvivieron en todo momento por los menores, por los jóvenes inadaptados y situados fuera de la ley, que eran el verdadero objetivo de su viaje.

Luis Amigó, en el atardecer ya de su existencia, podía esperar con tranquilidad la noche. Una noche cargada de luz para su vida y para su obra.

Mirando el presente

Cuando se han cumplido ya —en 2009— ciento veinte años de la fundación de los religiosos amigonianos, es tiempo de valorar su presente, su realidad, su hoy.

Ha crecido, y continúa creciendo cada día, la familia de los religiosos que se honran de tener como Padre y Fundador a Luis Amigó.

Su obra en favor de la juventud inadaptada se ha extendido por gran parte del mundo:

—En América Latina la presencia es amplia: Panamá y Nicaragua, Costa Rica y Venezuela, República Dominicana, Brasil y Chile, Puerto Rico y Bolivia, Ecuador y Méjico, configuran, junto a Colombia y Argentina, el mapa amigoniano.

—En Europa han sido Alemania y Polonia las que se han sumado con el tiempo a Italia y España.

- En Norte América existe actualmente un pequeño enclave.
- En Asia, se inicia la presencia por Filipinas.
- Y en Africa, ha sido Costa de Marfil, la primera nación en que se han asentado los amigonianos.

Diversas formas de trabajar

De acuerdo con la problemática concreta del menor inadaptado, los religiosos amigonianos desarrollan su específico apostolado en favor de la juventud, de las más variadas formas:

Centros de Observación.

- Acogen jóvenes con problemas de inadaptación familiar o social.
- Se proponen conocer el carácter, causas del comportamiento, ambiente familiar y social del menor...
- Se sirven de los principios educacionales de la pedagogía amigoniana y de las técnicas más adecuadas de la actual psicología.
- Los educandos son encaminados luego:
 - A sus propias familias. Si se considera que ofrecen las adecuadas condiciones para acompañar al muchacho en la readaptación iniciada.
 - A centros de protección. Cuando no existe la familia, o no ofrece las condiciones mínimas de educabilidad.

- A centros de readaptación social. Si se cree oportuno un tratamiento más profundo y continuado en su rehabilitación.

Centros de Protección.

- Acogen niños, niñas y jóvenes cuyas circunstancias familiares o sociales los llevarían probablemente a la inadaptación.
- Se proponen ofrecerles la posibilidad de una educación y formación que les haga mirar con fe, esperanza y optimismo el futuro.
- Se sirven de una adecuada acomodación y puesta en práctica de los principios educativos de Luis Amigó.
- Los alumnos se dirigen después a sus propias familias, o a hogares-casa de familia.

Centros de Readaptación social.

- Acogen niños, niñas y jóvenes necesitados de un tratamiento educativo más prolongado.
- Se proponen devolverlos, rehabilitados, a la sociedad, y que puedan adaptarse perfectamente a ella.
- Se sirven de un sistema y estilo educativo propio, surgido de la sabiduría pedagógica de Luis Amigó, enriquecido con las experiencias reeducativas de más de cien años, y adaptado constantemente, con los avances científicos, a las circunstancias cambiantes de los tiempos.
- Sus alumnos, finalizado el tratamiento educativo, regresan a la sociedad.

Hogares o casas de familia.

- Acogen jóvenes que no disponen de adecuado ambiente familiar.
- Se proponen acompañarles en el difícil camino de su total reinserción laboral y social.
- Se sirven de una conveniente adaptación de la pedagogía propia, ejercida en el marco de una responsable autoeducación, y en medio de un verdadero ambiente familiar.
- Los alumnos egresan para establecer, a menudo, su propio hogar.

Aparte de este trabajo, desarrollado en centros propios o confiados a su dirección, los religiosos amigonianos ejercen hoy en día su específico apostolado «más a la intemperie» en:

Barrios marginados.

Cuya acción rehabilitadora tiene estas características:

- Supone un verdadero espíritu evangélico, franciscano, amigoniano, por parte de los mismos religiosos.
- Conlleva compartir la vida, las circunstancias ambientales de los propios habitantes del barrio, dar testimonio con la acción y con la palabra de la propia fe y de su fuerza transformadora y redentora de las realidades sociales.

- Se propone rehabilitar en el propio ambiente social, junto a los jóvenes que sufren la inadaptación, el propio entorno vital.
- Se trata en realidad de una verdadera «resocialización».

Carceles de menores o de adultos.

Ejerciendo en ellas la labor de capellanes:

- Supone en el religioso:
 - Gran capacidad de entrega y servicio.
 - Inmensa humanidad y gran amor al hombre.
 - Alegría en compartir la propia libertad con los que carecen de ella.
 - Fe sólida en Dios, fuente del amor y Padre de todos los hombres.
- Implica:
 - Testimoniar con el propio ejemplo de vida que existe para ellos una alternativa de felicidad.
 - Ir alumbrándoles mediante una catequesis adecuada, oportuna y libre, el camino de su fe y rehabilitación.

Comunidades Terapéuticas para drogadictos.

Hace ya más de veinticinco años que la Congregación se ha abierto a este específico trabajo con la

inadaptación juvenil, que ofrece para ella un vasto campo de acción:

- En dichas Comunidades se aplica un método terapéutico aprendido en distintas escuelas, y enriquecido también con los principios de la pedagogía amigoniana.
- El método supone en el educador amigoniano:
 - Espíritu de entrega y servicio extraordinarios para compartir con el educando las veinticuatro horas del día.
 - Espíritu de desprendimiento y apertura para hacer partícipe a la comunidad terapéutica de las propias vivencias.
 - Espíritu de acogida y sufrimiento para saber aceptar a todos y soportar los duros momentos por los que pasa este tipo de comunidad.
 - Espíritu humilde y sencillo para saber ser «uno más en medio del grupo».
 - Espíritu radicado en Dios para no desesperar y tener siempre la fuerza necesaria.

Y requiere de él:

- Un ejemplo de vida que manifieste a los jóvenes que es posible la felicidad sin la droga.
- Un ejemplo de vida que les muestre que el sentido verdadero de la existencia hay que encontrarlo en la realidad de la vida y no en las fantasías de los alucinógenos.

- Una firmeza de carácter donde ellos puedan encontrar fuerza en su debilidad ante la droga.
- Una visión esperanzada del futuro que les haga ser de nuevo optimistas en los momentos de fracaso y retroceso, que muchas veces experimentan en el camino de su recuperación.

Consultorios Psicoterapéuticos.

En los que se ofrece ayuda, consejo y orientación al joven inadaptado y a sus familias.

Pisos de Acogida.

En los que, en un ambiente familiar y en grupos reducidos, se atiende a jóvenes, especialmente inmigrantes o faltos de hogar.

Hogares de Convivencia.

Pensados para jóvenes que, finalizando algún programa terapéutico, necesitan seguir por algún tiempo su internamiento en un ambiente más abierto y también para jóvenes que necesitan seguir medidas judiciales en medio abierto.

Atienden, además, y como consecuencia de distintos compromisos sociales y eclesiales, otras actividades de ámbito misional más universal: colegios, parroquias...

Pero aún en estos trabajos han sabido los religiosos amigonianos ser y estar desde su carisma. Tanto en colegios, como en parroquias han prestado y prestan especial atención a los problemas de la juventud, singularmente de aquella juventud que más necesitada de orientación o reconducción puede encontrarse.

Formación de Educadores

La preparación de nuevos educadores es otra de las actividades en que muestran los religiosos amigonianos su preocupación por la juventud inadaptada.

Desde los primeros años de existencia se han preocupado los hijos de Luis Amigó de difundir su espíritu, su pedagogía y su propio método, a las nuevas generaciones de educadores.

Amurrio en España y Fontidueño en Colombia fueron, en su día, centros pilotos de una formación basada en lección y acción, ciencia y experiencia, aprendizaje y realización.

En estos centros se formaron los religiosos. Sus puertas estuvieron siempre abiertas a quienes con ellos quisieron compartir el saber pedagógico.

Posteriormente la función formativa de nuevos educadores amigonianos se realizó tanto en el *Instituto Pedagógico Amigó* de Medellín (Colombia), como en *La Escuela de Educadores* que funcionó

en las Escuelas Profesionales Luis Amigó de Godella-Valencia (España) entre 1980 y 2001.

Hoy, en 2009, cuando hacemos una parada en el presente, se puede apreciar cómo esa formación de educadores de acuerdo a la identidad amigoniana, se lleva fundamentalmente a cabo en la *Fundación Universitaria Luis Amigó* (FUNLAM), que tiene su sede central en Medellín (Colombia), y que surgió primordialmente con el propósito de transmitir el saber pedagógico amigoniano.

Con ese mismo propósito de transmitir la identidad amigoniana a todo aquel que lo desee, se están ultimando los pasos para abrir en la Universidad de Valencia una *cátedra dedicada a Luis Amigó*.

Este es, en síntesis, el presente de los hijos del gran pedagogo y amigo de los niños y jóvenes, en situación de riesgo o de conflicto.

LA PEDAGOGÍA AMIGONIANA

«...las misericordias acaban por convertir en manso cordero al que era un lobo rapaz...».

(Luis Amigó E.P. 26-II-1922)

Luis Amigó, el iniciador de un nuevo carisma en la Iglesia, el fundador de dos congregaciones dedicadas a llevar un mensaje de amor, esperanza y alegría al mundo de los jóvenes inadaptados, es, además, un gran pedagogo. Su pedagogía tiene como base el Evangelio y las enseñanzas del Maestro.

Luis Amigó descubrió y experimentó en el apostolado que él mismo ejerció entre los presos la «fuerza transformadora y redentora del amor y misericordia cristianos». Este descubrimiento le llevó a adoptar, como base ideológica de su propio sistema pedagógico, la filosofía viva del Evangelio. La filosofía que había aprendido de Cristo junto a Francisco de Asís.

La originalidad de Luis Amigó, su creatividad como pedagogo, estuvo en adaptar toda esa sabi-

duría de la pedagogía de Cristo al campo específico de la «juventud inadaptada».

En el trasfondo de todo sistema pedagógico hay que distinguir siempre: objetivos a lograr, medios a utilizar y educador apropiado para aplicar éstos y conseguir aquellos.

Cuando se desciende a analizar el trasfondo del sistema pedagógico amigoniano, se aprecia con claridad meridiana los principios cristianos que la sustentan:

El objetivo último que pretende la pedagogía amigoniana con relación a la educación de los jóvenes inadaptados es el propio del Evangelio. Jesús buscaba la conversión de los hombres, convertirlos en niños: «si no os hiciéreis como niños...».

La pedagogía amigoniana se encuentra con niños y jóvenes, mal madurados prematuramente por experiencias desagradables de la vida, por trabajos, hambre, miserias... Se encuentra con niños sin alegría, y jóvenes sin ilusión, que «están a la vuelta de todo» y «pasan de todo».

Se encuentra con jóvenes y niños cuyo corazón, encallecido por el sufrimiento, se cierra egoísticamente al amor, y sólo piensa en su «yo». Todo se justifica para ellos en la medida que favorezca su egoísmo.

A este tipo de niño y joven la pedagogía amigoniana se propone:

—«Darle la vuelta».

- Devolverle la capacidad de ilusión, de alegría, de reír...
- Devolverle la capacidad de mirar, con desenfado e interés al mismo tiempo, la vida.
- Devolverle, sobre todo, la capacidad de amar, y la conciencia de su propia dignidad como persona e hijo de Dios.
- Convertirle en hermano de los otros hombres.
- Hacerle sentirse, y ser de nuevo, «niño y joven».

El tipo de educador que requiere la acción pedagógica amigoniana debe adaptarse a la figura del Buen Pastor, que es la que sintetiza la actitud pedagógica de Cristo, encarnando para ellos sus actitudes.

Luis Amigó se lo pide expresamente a sus religiosos y religiosas «vosotros, les dice, *zagales* del Buen Pastor, debeis ir tras la oveja descarriada...». Dicha encarnación supone en el educador:

- Conocer a los educandos*. Con ese conocimiento que viene por «vía del corazón» y que es fruto del compartir plenamente la propia vida con la del educando.
- Llamarlos por su nombre*, es decir, llegar a un tratamiento individualizado de cada uno de ellos.
- Ir delante de ellos* con el ejemplo, presentándoles en la propia vida los mismos valores que se les proclaman.

- Dar la vida*, desvivirse cada día y en cada momento en el servicio, en la atención de los alumnos, sin dejarse limitar por «jornadas laborales». Dar la vida es, en otras palabras, la «dedicación completa», que ha distinguido siempre la labor de los religiosos amigonianos.
- Ir tras los que son difíciles*. La misión amigoniana presupone «amar más a aquel que más lo necesita», «desvivirse más por aquel que está más marginado».
- Alegrarse de estar con los alumnos*. Esta alegría es síntoma de que el trabajo se realiza desde una dimensión vocacional y no puramente ocupacional o salarial.

Sólo desde esta encarnación le es posible al educador entrar en la vida del educando, e invitarle así a que se decida a «dar un vuelco en su vida». *El método amigoniano*, al estilo del seguido por Jesús en la educación de las personas, se distingue por:

- Estar regido por el amor y la misericordia*. Las palabras duras, los gestos adustos, no consiguen nada. La persona se cierra más. Sólo con cariño, comprensión y misericordia se ablanda el corazón más duro. Luis Amigó lo recomienda encarecidamente a sus hijos. Él mismo lo practicó así y le dió excelentes frutos. La frase que encabeza este capítulo nos resume su pensamiento.

—*Ser pausado y progresivo.* En educación, y más en readaptación, no se puede ir con prisas. Hay que dar tiempo a que el educando vaya asimilando las cosas y vaya respondiendo responsablemente a la creciente confianza depositada en él.

—*Hacer tomar conciencia al educando.* Él es, en definitiva, el agente principal de la educación. Muchas acciones educativas fracasan cuando no se concede tiempo al alumno para que las valore y anhele.

Incluso la medida mejor puede convertirse en perniciosa y paternalista si el alumno no está en condición de recibirla.

En educación no basta con que el educador quiera «hacer el bien», es necesario que el educando ansíe y acepte eso mismo «como bien».

Luis Amigó valora muchísimo los «momentos de reflexión» por parte del educando. Sabía que sólo el que toma conciencia de su situación, se decide libremente a cambiar.

Esta es, en resumen, la filosofía educativa que subyace en la pedagogía amigoniana.

Con el tiempo, y gracias a las sabias orientaciones del fundador, a las experiencias vividas por los religiosos con los muchachos, y a los avances de las ciencias psicológicas, esta filosofía se fue plasmando en el *sistema pedagógico* de los Tereciarios Capuchinos. Sus características son:

- Hacer del educando el principal agente de su rehabilitación, acompañándole en la toma de conciencia de su «dignidad humana» y de su situación.*
- Respetar en todo momento sus libertades inalienables.*
- Aplicar una terapia individualizada, gradual y progresiva.*
- Profundizar constantemente en el conocimiento de menor, sirviéndose para ello:*
 - De un clima de afecto y relación interpersonal entre educador-educando.
 - De un tratamiento educativo en pequeños grupos, en los que es más fácil crear un ambiente familiar, acogedor, de relación mutua...
 - De las técnicas más avanzadas que ofrecen las ciencias psicopedagógicas y sociales.
- Crear entre los distintos educadores y colaboradores del proceso educativo una verdadera unidad de actuación.* Para que la acción más insignificante tenga su significado dentro del proceso total e individualizado de la educación.
- Implicar a la propia familia del joven en el proceso educativo mismo, pidiéndole su creciente y progresiva colaboración.*

Todo este sistema conlleva, para su puesta en práctica, distintas *actividades*, entre las que se señalan como más importantes en el sistema amigoniano:

- Las catequéticas y humanas.* Que sensibilizan a los educandos en su progresiva y libre toma de conciencia como «hombres e hijos de Dios».
- Las académicas y de formación profesional.* Que les ayudan a comprender la unión que debe existir entre el saber y el hacer.
- Las ocupacionales y culturales.* Dirigidas a enseñar a utilizar el tiempo libre y de ocio en cosas que favorezcan «el propio ser y hacer».
- Las deportivas y cívicas.* Encaminadas a fortalecer su cuerpo y a descubrir el sentido, el valor y enriquecimiento que supone para la persona el vivir en sociedad.

Y ¿qué más? Esta es, muy en síntesis, la pedagogía amigoniana. Sus principios inspiracionales, su método de acción.

Resta señalar que esta pedagogía ha producido, en los cien largos años que se viene aplicando, verdaderos éxitos en el campo de la «rehabilitación de la juventud inadaptada».

Esta pedagogía que, desde sus inicios, se viene profundizando, actualizando, enriqueciendo y tecnificando más cada día, cuenta hoy para su divulgación de una revista —actualmente en formato digital— de reconocido valor dentro de la psicología y pedagogía:

- SURGAM, que se edita en España desde el año 1949.

SOÑANDO Y CONSTRUYENDO EL FUTURO

«Tened grande estima... de la Congregación en la que tan vasto campo os presenta el Señor... para trabajar en la educación de la juventud».

(Luis Amigó. Cta. 3-V-1926)

Soñar, sí. «Que toda la vida es sueño», como decía Calderón.

En la vida hay que vivir, es verdad, con los pies puestos sobre el suelo, en la realidad.

La realidad, sin embargo, y esto es también verdad, sólo puede ser transformada cuando se es idealista, cuando se sueña.

La historia humana, me atrevería a decir, la han soñado los idealistas y la han confeccionado los realistas.

La realidad histórica del presente no coincide, es probable con los sueños que sobre ella se hicieron en el pasado. Pero se ha llegado aquí, porque se soñó, quizá, en llegar más lejos.

Sueños y realidad, futuro y presente... he aquí una serie de binomios en parte excluyentes y en parte complementarios.

Si uno se limita a soñar el futuro y no hace nada por ir construyéndolo, se queda, a lo más, viviendo en un alucinante y alienante mundo de castillos, hadas y príncipes azules.

Si, por el contrario, nos limitamos a hacer, construir... y no nos paramos a pensar «lo que aún no es real, pero podría serlo», no despegaremos nunca hacia lo nuevo, no progresaremos, nos empobreceremos. No se puede perder nunca de vista aquello de que «todo lo que es digno de ser pensado, puede ser ejecutado».

Cumplidos casi ciento veinticinco años de la fundación de sus congregaciones, las hijas e hijos de Luis Amigó quieren pararse a «soñar» un poco, quieren, al mismo tiempo, «ir construyendo el futuro».

Luis Amigó era también un soñador, y era al mismo tiempo un hombre muy realista. Conociendo, como conocía, la problemática de la juventud de su tiempo, no sólo ofrece soluciones para el presente que le tocó vivir, sino que las ofrece también para el futuro, fundando las dos congregaciones. Y cuando mira el futuro lo hace con visión amplia, libre, dinámica, con visión de soñador. Les habla a sus hijos e hijas de «un vasto campo para trabajar en la educación de la juventud inadaptada».

Luis Amigó no quería que sus congregaciones se quedaran con una visión restringida del problema, ni con unas determinadas formas de trabajo en favor de la juventud, exclusivas y excluyentes. Invita más bien a la *creatividad*, a la construcción constante y renovada del futuro. El campo de trabajo es vasto, amplio, selvático, indeterminado. A los religiosos amigonianos les tocará en cada época y lugar encontrar la forma de centrarlo, concretarlo, cultivarlo y definirlo.

Y parándose a pensar, los religiosos y religiosas Terciarios Capuchinos:

—Sueñan cómo afrontar el reto que hoy les plantea, y les puede presumiblemente plantear en un futuro próximo, este mundo, atrayente y fascinante con todo, de la juventud inadaptada.

—Sueñan, y trabajan al mismo tiempo, por aportar nuevas soluciones a los problemas que cada día va planteando el mundo juvenil.

El trabajo con el mundo de la drogadicción es uno de los últimos al que se han sentido llamados y acudido.

No se contentan, sin embargo, con lo que han hecho y están haciendo. Continúan preparándose consciente y profundamente para la empresa, porque sueñan en hacer algo nuevo, distinto y propio en este campo. Sueñan seguir adaptando los principios pedagógicos de su Fundador y los sabios delineamientos pedagógicos de su sistema al campo específico de la droga.

Y porque sueñan, y trabajan al mismo tiempo, no nos cabe duda que lo conseguirán.

- Sueñan, también, en ampliar su radio de acción. Hay naciones que no conocen aún la obra de Luis Amigó. Hay en el mundo muchos países en los que nadie responde a las silenciosas voces de una juventud que grita ayuda. «El campo es vasto», oyen machaconamente resonar una y otra vez en su interior... «El campo es vasto» y es su ilimitada amplitud la que, de nuevo, les hace soñar.
- Sueñan con promocionar más las formas de apostolado, de trabajo directo en los barrios marginados... Con una presencia netamente evangélica y evangelizadora y con un talante típicamente amigoniano.

Pero para poder llevar a cabo muchos de estos sueños se necesitan *colaboradores*.

Hacen falta personas que desde su puesto de «seglar» ayuden como verdaderos *Laicos* o *Coope-radores Amigonianos* en esta tarea de la rehabilitación social de la juventud. Personas que, desde una vivencia de su vocación cristiana, e imbuidos del espíritu amigoniano, colaboren:

- Con su tiempo y profesión.
- Con su presencia y cariño.

- Visitando y trabajando como voluntarios en los distintos centros destinados a acoger menores inadaptados.
- Visitando y apoyando a las familias de estos jóvenes.
- Buscando trabajo a los que están próximos a salir de alguno de estos establecimientos.
- Asistiendo a reuniones y encuentros de acompañamiento en la integración social de estos muchachos...

Hacen falta personas que, desde su inquietud social se comprometan con el ideario y acciones de estas ONG's amigonianas:

- Proyso-Miteca* fundada por las hermanas y reconocida oficialmente el 30 de abril de 1996.
- Fundación Amigó*, creada por los hermanos y reconocida oficialmente el 26 de junio de 1996.

Hacen falta también jóvenes y adolescentes que formando parte de los grupos de los *zagales* y de la *Juventud Amigoniana*, se dediquen a madurar su propia opción vocacional y a compartir su inquietud por la recuperación de los jóvenes marginados.

Y hacen falta, finalmente, personas que «dejándolo todo» quieran integrarse plenamente en la familia amigoniana y vivan su consagración bau-

tismal a Dios dedicando su vida a seguir «el reto de Luis Amigó». Personas que formen parte de las congregaciones de Religiosas o Religiosos Tercarios Capuchinos.

La página de los sueños puede ser escrita puede ser realidad, si al finalizar la lectura de este opúsculo te sientes llamado a la gran obra amigoniana. Juntos podemos crear y hacer la utopía realidad. Juntos podemos seguir, con fe y esperanza, la voz de Luis Amigó que nos dice «no tengáis miedo a los despeñaderos y precipicios en que os habréis de poner para salvar la oveja perdida; no os arredren zarzales ni emboscadas».

Piensa que el reto sigue en pie, y su solución es más urgente cada día.

También tú puedes ayudar en esta tarea. También tú puedes «fiarte de Dios».

ÍNDICE

- 11 **PRÓLOGO**
- 13 **PRIMERA PARTE - SU VIDA**
- 15 NIÑO Y JOVEN CRISTIANO
- 21 UNA DECISIÓN DIFÍCIL
- 25 TRAS LAS HUELLAS DE FRANCISCO
- 29 SACERDOTE AL SERVICIO DE LOS JÓVENES Y
MARGINADOS
- 35 SACERDOTE EN PLENITUD
- 39 SU LUMINOSO OCASO
- 43 **SEGUNDA PARTE - SU OBRA**
- 45 UN NUEVO CARISMA EN LA IGLESIA
- 51 MÁRTIRES Y MENSAJERAS DEL AMOR
- 54 Enviadas a los necesitados
- 55 Un seguimiento singular de Cristo
- 56 Los deseos se convierten en realidad
- 59 Por los caminos del mundo
- 62 A las puertas de otra fiesta jubilar

- 65 TESTIGOS DEL AMOR DE CRISTO
- 69 Misioneros en el mundo de los jóvenes inadaptados
- 72 Un modo peculiar de ser Iglesia
- 74 Comienza la misión
- 78 Atentos a la llamada de otras gentes
- 82 Mirando el presente
- 83 Diversas formas de trabajar
- 89 Formación de Educadores

- 91 LA PEDAGOGÍA AMIGONIANA

- 99 SOÑANDO Y CONSTRUYENDO EL FUTURO

- 107 DIRECCIONES POSTALES Y ELECTRÓNICAS

DIRECCIONES POSTALES Y ELECTRÓNICAS

ARGENTINA

Terciarias Capuchinas

Casa de la Estudiante "Jesús, José y María"

Gorriti 4753 – 1414 BUENOS AIRES

Teléfono: +54 114 8314672

E-mail: terciariascapuchinas@gmail.com / htcbas@confar.org.ar

Terciarias Capuchinos

Instituto San Isidro – Calle Luis Amigó /C/27 - Circ. 14

B1917ALE VERÓNICA (Buenos Aires)

Teléfono: +54 2221 481301 – Fax: +54 2221 481341

E-mail: isiv@dianet.com.ar

BOLIVIA

Terciarias Capuchinas

Los Lotes – Casilla 6423 – SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Teléfono: +591 3 3574197

Terciarias Capuchinos

Hogar de Niños Santa Cruz – Casilla 241 – SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Teléfono: +591 3 3541010 - Fax: +591 3 3541011

E-mail: hogarsc@unete.com.bo

COLOMBIA

Terciarias Capuchinas

Provincia Sagrado Corazón – Calle 24.A N° 43.B-28 – BOGOTÁ, DC

Teléfono: +57 12693236 – Fax: +57 13690746

E-mail: hterciar@colomsat.net.co

Terciarias Capuchinas

Provincia San José – Diagonal 79 N° 9-295 - Belén – MEDELLÍN (Ant.)

Teléfono: +57 42384156 – Fax: +57 42561720

E-mail: htcsj@epm.net.co

Terciarias Capuchinas

Provincia Santa María – Calle 62 N° 49-67 – MEDELLÍN (Ant.)

Teléfono: +57 42545537 – Fax: +57 42844624

E-mail: htcsf1@une.net.co

Terciarias Capuchinas

Provincia Ntra. Sra. de Montiel – Carrera 44 N° 22-05
Quinta Paredes – BOGOTÁ, DC
Teléfono: +57 12682763 – Fax: +57 12699308
E-mail: provmontielsecre@etb.net.co

Terciarios Capuchinos

Provincia de San José – Carrera 52 N° 44-C-43
La Esmeralda – BOGOTÁ, DC
Teléfono: +57 1 2212078 – Fax: +57 1 2212614
E-mail: prosanjtc@etb.net.co
www.terciarioscapuchinossanjose.org

COSTA RICA

Terciarias Capuchinas

Provincia Sta. María de los Ángeles – 200 mts. Sur de Auto Bohío
25 mts. Oeste - Barrio Córdoba – SAN JOSÉ
Teléfono: +506 2279056 – Fax: +506 2860157
E-mail: tcprocen@racsa.co.cr

Terciarios Capuchinos

Provincia del Buen Pastor – Apartado 142-2010
ZAPOTE (San José)
Teléfono: +506 222535113 – Fax: +506 222535132
E-mail: asoterca@ice.co.cr

CHILE

Terciarias Capuchinas

Hogar Santa Catalina – Roberto Ovalle 100
PENCO (VIII Región)
Teléfono: +56 41 458900
E-mail: terciariascapuchinas_penco@hotmail.com

Terciarios Capuchinos

Calle Prieto, 395 – CONCEPCIÓN
Teléfono: +56 41 2468321
E-mail: cepla@entelchile.net / impla2@123mail.cl

ECUADOR

Terciarias Capuchinas

Viceprovincia Divina Providencia
Avda. Brasil N° 49-22 y Nicolás López – QUITO
Teléfono: +593 2 2438299 – Fax: +593 2 22636326
E-mail: htcdivinaProvidencia@andinanet.net

Terciarios Capuchinos

Instituto Virgilio Guerrero
C/Albeniz N E5-01 y Lizarazaburo (El Inca) QUITO
Teléfono: +593 2 412194 – Fax: +593 2 449280
E-mail: comunvigue@punto.net.ec

ESPAÑA

Terciarios Capuchinos

Provincia Sagrada Familia – C/ Esarchs, 9 – 46001 VALENCIA
Teléfono: +34 963912703 – Fax: +34 963912704
E-mail: htcsfsuprov@telefonica.net

Terciarios Capuchinos

Provincia la Inmaculada
C/ General Asensio Cabanillas, 23 – 28003 MADRID
Teléfono: +34 915341713 – Fax: +34 915332985
E-mail: secrepin@telefonica.net

Terciarios Capuchinos

Provincia de Luis Amigó – C/ Zacarías Homs, 18 – 28043 MADRID
Teléfono: +34 913002205 – Fax: +34 913882465
E-mail: tcla@amigonianos.org / www.amigonianos.org

GUATEMALA

Terciarios Capuchinos

Casa de Acogida – 14 Avda. 5-47, Zona 6 – 01006 GUATEMALA
Teléfono: +502 9426694 – Fax: +502 9424390
E-mail: roselcast@yahoo.com

HONDURAS

Terciarios Capuchinos

El Pantanal - Arturo Quezada – 2º Etapa, Bloque 80, Peatonal 14,
casa n° 13 COMAYAGUELA – FRANCISCO MORAZÁN

ITALIA

Terciarios Capuchinos

Via Cassia, 1243 – 00189 ROMA
Teléfono: +39 0630367865 – Fax: +39 063057972
E-mail: info@terciariascapuchinas.org – www.terciariascapuchinas.org

Terciarios Capuchinos

Via Bernardo Blumenstihl, 28-36 – 00135 ROMA
Teléfono: +39 063055931 – Fax: +39 063057972
E-mail: tercapcgr@amigonianos.org

MÉXICO

Terciarias Capuchinas

Fraternidad Nazareth – Calle San Marcos 119
Entre 5 de Mayo y Abasolo – 14999 TLALPAN, DF
Telefax: +52 5555 736753 – E-mail: amparopive@yahoo.com.mx

Terciarios Capuchinos

Fundación Josefa Vergara y Hernández IAP – Calle Guerrero n° 28 sur,
Zona Centro – 7600 SANTIAGO DE QUERÉTARO (Qro)
Teléfono: +52 42 2126002 – Fax: +52 42 480632
E-mail: ninos@fundacionvergara.org

NICARAGUA

Terciarias Capuchinas

Centro de Animación Pastoral
Costado Este Iglesia Católica – TOTOGALPA (Madriz)
Telefax: +505 7323107 – E-mail: htc_totogalpa@yahoo.com

Terciarios Capuchinos

Hogar Zacarías Guerra – Apartado C - 085 – MANAGUA
Teléfono: +505 2 704521 – Fax: +505 2 774784
E-mail: hogarzg@cablenet.com.ni

PANAMÁ

Terciarias Capuchinas

Colegio San José – ALMIRANTE (Bocas del Toro)
Teléfono: +507 7584150 – Fax: +507 7583768
E-mail: almirantetc@hotmail.com

Terciarios Capuchinos

Escuela Vocacional de Chapala
Apartado 1005 - 87 – VISTA ALEGRE, Arraiján
Teléfono: +507 2510116 – Fax: +507 2511826
E-mail rtercap@mobilmail.net

PARAGUAY

Terciarias Capuchinas

Comunidad La Inmaculada
Juan de Salazar 416 – Barrio Isaty – Lambaré – ASUNCIÓN
Teléfono: +595 81 433008 – E-mail: tercaasuncion@hotmail.com

PERÚ

Terciarias Capuchinas

Comunidad Santa Clara de Asís – Avda. Grau 677D Barranco – LIMA
Telefax: +51 14 771856 – E-mail: delenazareth@speedy.com.pe

PUERTO RICO

Terciarias Capuchinas

Fraternidad Divina Providencia
5539 Calle Flamboyán – P.O. Box 1773 – VEGA BAJA, PR 00693
Telefax: +1 787 8550341 – E-mail: htcap@prtc.net

Terciarios Capuchinos

Casa de Niños Manuel Fernández Juncos
P.O. Box 9020163 – SAN JUAN, PR 00902 – 0163
Teléfono: +1 787 7256328 – Fax: +1 787 7240980
E-mail: cnmfj@isla.net

REPÚBLICA DOMINICANA

Terciarias Capuchinas

Calle Antonio Torres – Casa N° 3 – Barrio El Almirante
SANTO DOMINGO – Telefax: +1 809 6950407

Terciarios Capuchinos

Instituto Preparatorio de Menores
Av. Luperón 31 – (Apartado 73) - SAN CRISTÓBAL
Teléfono: +1 809 5283242 - Fax: +1 809 5280861
E-mail: inpreme47@hotmail.com

VENEZUELA

Terciarias Capuchinas

Provincia San Francisco - Fe a Esperanza, 10 - 1010 A CARACAS
Teléfono: +58 212 5648855 - Fax: +58 212 5646462
E-mail: terciariascapuchinasvzla@yahoo.es

Terciarios Capuchinos

Colegio Fray Luis Amigó - Avda. Caurimare
Colinas de Bello Monte - 1050 CARACAS
Teléfono: +58 212 7532086 - Fax: +58 212 7532086
E-mail: tercapuchinos@cantv.net

Luis Amigó, un hombre que siempre se fió de Dios, se adelanta intuitivamente, en medio de una sociedad insensible aún al problema, a ofrecer soluciones al mundo de la inadaptación juvenil. Y plantea a sus seguidores un reto que conserva hoy toda su fuerza y actualidad: *Vosotros, zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada...*

